


OS RESTOS COMEDIA BURLESCA EN TRES ACTOS

INAL DE S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

FIN ALVAREZ QUINTERO: DE EDUARDO MARQUINA

# Serafín Alvarez Quintero

*Como hombre que a la vida no exigía*
*para si nada, complacido en ella,*
*la honraste bueno y la pintaste bella,*
*mirándola a la luz que Dios quería.*

*En alburas de pan de cada día*
*disimulabas tu genial centella*
*y dulce fué como en el agua estrella,*
*la clara vena de tu poesía.*

*Se te llevó la muerte a que en el cielo*
*tuviera Dios, mirándote, el consuelo*
*que al paternal labriego da el buen trigo.*

*Yo, aqui, siempre que sangro de una herida,*
*para volver a bendecir la vida,*
*te invoco, te recuerdo, hablo contigo.*

EDUARDO MARQUINA

**URORA REDONDO**
**ALERIANO LEON**

*con el constante aplauso y la simpatia de*

*LOS AUTORES*

AFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

# Los Restos

Comedia burlesca en tres actos

ORIGINAL

Estrenada el día 28 de Julio de 1936
en el Teatro de Barcelona, de Barcelona




I -:- Madrid 16 de Marzo de 1940 -:- NUM. 2

E. de MIGUEL. - Huertas, 55
Teléfono 17210
MADRID

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| *Visita* ................. | Aurora Redondo |
| *Doña Repanda* ....... | Rafaela Rodrígue |
| *Salustia* ............... | Herminia Más |
| *Verbena* ............... | Isabel Redondo |
| *Esperanza* ............ | Consuelo Nieva |
| *Rodalín* ............... | Valeriano León |
| *Ulpiano* ............... | Julián Pérez Avil |
| *Don Xavier* .......... | José Porres |
| *Don Verano San Serení* | Francisco Melgar |



# ACTO PRIMERO

desto pupilaje de doña REPANDA, en Madrid.
bitación de paso, que es a la vez recibimiento y sala, no hay otra cosa. Sendas puertas a derecha e izquierdistintos términos. La primera conduce a la calle y la a al interior de la casa. En el fondo, hacia la derecha or, balcón que dá a un patio. En ángulo recto con el n que está, como a la mitad de la escena, una pared con a un pasillo, el cual comunica también con el interior. a ventana que hay hacia la izquierda del fondo se verá a los personajes que crucen el pasillo. Muebles humildes uados a la sencillez de la habitación.
a principios del otoño y por la mañana.

*piano, dado a los diablos, sale de la habi- n de la izquierda. Es un muchacho bien do, nervioso y vehemente.*)

PIANO. — ¡Sinvergüenza! ¡Embustero! to de trastos! ¡No hay palabras que lo ca- en! ¡Me deshonra! ¡Me hunde! ¡Sinver- a! (*Doña Repanda, patrona compasiva, sa- r la puerta de la derecha a punto de oírlo. en la mano unos pantalones que está re- ando.*)

REPANDA.—¿Sinvergüenza? ¿Quién es el güenza?

PIANO.—¡Ese despojo humano que tiene ahí! ¿Usted es la patrona? ¿La viuda de ales?

D.ª REPANDA.—Servidora de usted.
ULPIANO.—¿Doña..., doña? ¿Cómo den
nios se llama usted, señora?
D.ª REPANDA.—¿Demonios? Me llamo
panda, señor mío.
ULPIANO.—Perdóneme usted, pero es
nombre que no se queda en la cabeza. ¡Rep
da! ¡Repanda!...
D.ª REPANDA.—¿Tan mal le suena a ust
ULPIANO.—¡Hago esfuerzos por retenerlo
D.ª REPANDA.—Está usted muy excitado,
ven. ¿Quiere usted que le haga una tacita de
cocimiento especial que preparo yo con u
yerbas que me mandan de un pinar de Av
ULPIANO.—Gracias, señora; no estoy p
menjurges.
D.ª REPANDA.—Le advierto a usted que
mano de santo para aplacar los nervios.
ULPIANO.—¡Estos nervios míos no se a
carán hasta que se muera ese mequetrefe
hospeda usted ahí!
D.ª REPANDA.—¡Jesús, qué atrocidad! ¡
dalín!... ¡Pobrecito! Yo no deseo nunca la mu
te a nadie.
ULPIANO.—¡Yo, sí! ¿Y sabe usted quién
ese mequetrefe? ¡Pues es mi padre!
D.ª REPANDA.—¿Su padre?
ULPIANO.—¡Mi padre!
D.ª REPANDA.—¿Y desea usted que
muera?
ULPIANO.—¡Para poder vivir tranquilo!
D.ª REPANDA.—¡Su padre! ¡Su padre
¿Quién podría sospecharlo oyéndolo a ust
ULPIANO.—¡Porque no es mi padre, seño

).ª REPANDA.—¿No?
LPIANO.—¡Bueno, sí; es mi padre, por mi
gracia; pero yo no soy su hijo! (*El aludido,*
*es Rodalín, nuestro héroe, asoma en la ven-*
*a del pasillo y le grita, invirtiendo los pape-*
*del Tenorio:*)
ODALIN.—¡Reportaos con Belcebú!
LPIANO.—(*Amenazándolo.*) ¡O se quita us-
de mi vista...! (*Rodalín huye como una cu-*
*acha.*)
).ª REPANDA.—Calma, calma... Y vamos a
ntas, porque me empiezo a interesar...
LPIANO.—Vamos a cuentas. Yo también
ero hablar con usted.
).ª REPANDA.—Siéntese usted y procure
nquilizarse, señor Rodalín.
LPIANO.—¡Yo no me llamo Rodalín!
).ª REPANDA.—¿Cómo que no?
LPIANO.—¡No quiero llamarme Rodalín!
llevo el apellido de mi madre, de mi pobre
dre.
).ª REPANDA.—¿No vive? ¡Pobrecita!
LPIANO.—¿Qué ha de vivir? ¿Usted cree
se puede resistir mucho tiempo al lado de
cigarrón? Nos abandonó a la madre y al hijo
ndo yo tenía cinco años.
).ª REPANDA.—¡Pobrecito!
LPIANO.—Y mi madre, poco después, se
rió de pena.
).ª REPANDA.—¡Pobrecita!
LPIANO.—Y yo no he vuelto a saber de se-
jante trasto, ni a tropezar con él, hasta hace
par de años, que me buscó y que dió con-

migo, por mi desventura. ¡Me deshonra! ¡M
hunde!

D.ª REPANDA.—¡Pobrecito!

ULPIANO.—Yo, señora, soy un humilde vi
jante de comercio, que vive de su crédito y
su seriedad; y ese saltacharcos se ha propues
desacreditarme. No mira siquiera que mi de
crédito sería su ruina; porque si hoy vive
porque mi generosidad lo mantiene.

D.ª REPANDA.—¡Ah! ¿Entonces usted es
Ulpiano Fernández?...

ULPIANO.—¡Que le manda a usted todos l
meses las pesetas para que esa rata no se mu
ra de hambre en una alcantarilla! ¡Y se las ma
do, señora viuda de Pardales, no por mí, que
que estoy deseando es que se muera, como
he dicho ya!...

D.ª REPANDA.—¡Pobrecito!

ULPIANO.—¡Sino en memoria de mi madr
de aquella santa, que yo no sé por qué lo quis
nunca!

RODALIN.—(*Volviendo a asomarse un m
mento por la ventana.*) ¡Gracia sandunguera q
tiene uno.

ULPIANO.—¡Gracia sandunguera! ¡Desgraci
que he tenido yo!

D.ª REPANDA.—No sé qué me da oírlo h
blar a usted así de su propio padre.

ULPIANO.—¡Ni yo sé cómo la Providenci
ampara a esta clase de bichos!

D.ª REPANDA.—¡Jesús! ¡De bichos!

ULPIANO.—¡Pero el caso es que los ampar
y que viven! ¡Y todo lo perturban, y todo lo tra
tornan, y todo lo ensucian, y no tienen un m

ıto de seriedad, ni de decencia; y son borra-
os, y granujas, y embusteros; y a nadie le pa-
n lo que le deben, y están comidos de trampas
sin embargo, viven! ¡Absurdo, señora!

D.ª REPANDA.—Usted exagera... Cierto que
papá es un poco calaverilla..., un poco muje-
ego..., borrachete..., ¡pero es tan gracioso!

ULPIANO.—¿Gracioso? ¡No lo diría usted si
era víctima de sus gracias como yo! ¿Quiere
ted saber una de las gracias del año pasado?

D.ª REPANDA.—A ver, a ver...

ULPIANO.—¡Deshacer mi boda! ¡Nada más!

D.ª REPANDA.—¿Es posible?

ULPIANO.—Yo iba a casarme con una mu-
acha preciosa. ¡Preciosa! De buena posición,
buena familia... ¡Una boda cabal! Se enteró
mal hora esa sabandija, se entrometió en la
sa, comenzó a darles sablazos a mis futuros
egros y a todos los parientes cercanos...; pro-
ovió tres o cuatro escándalos intolerables..., y
ué había de ocurrir? ¡Que mi novia y los pa-
es se alarmaron, y se rompió la boda! ¿Le
rece a usted que nos riamos de esta gracia?
or eso le oculto siempre dónde vivo cuando
ngo que venir a Madrid! ¡Por eso no quiero
rle ni frito!... Digo, frito... ¡Si yo lo viera fri-
ya sería otra cosa!

D.ª REPANDA.—¡Ay, calle usted, por Dios!
entira parece que haciendo usted lo que hace
r él...

ULPIANO.—¡Si es que no tiene conciencia,
ñora! ¡Ni sentido moral! ¡Ni sentido común!
yo soy tan primo que no lo dejo morirse de
mbre.

D.ª REPANDA.—Porque su madre de uste
vela desde el Cielo por él... ¡Pobrecita! Digan
usted, joven: ¿es verdad, o serán cosas suya
que tuvo un hermano gemelo?

ULPIANO.—Sí, señora; es verdad.

D.ª REPANDA.—¿Que murió atropellado p
un auto?...

ULPIANO.—Sí, señora. ¡Una equivocación d
chófer!

D.ª REPANDA.—¿Y eran tan iguales como
cuenta?

ULLPIANO.—Idénticos: dos gotas. Físic
mente, exactos. Los confundía cualquiera.

D.ª REPANDA.—¿Y el muerto se llamab
Juan José?

ULPIANO.—Y el vivo, José Juan. ¡Un capr
chito de mi abuelo!

D.ª REPANDA.—Me lo ha contado, sí; pe
yo, la verdad, siempre creí que eran sus fa
tasías.

ULPIANO.—Lo que no le habrá contado a u
ted es que el pobre muerto era una person
adorable: el reverso de su medalla.

D.ª REPANDA.—Por lo visto, como usted y é
Como que más parece usted hijo del muert
que del vivo, según le oigo hablar.

ULPIANO.—¡Pues lo soy del vivo, aunque n
lo parezca! Y ya la dejo a usted; no quiero m
rearla. Yo, señora, voy a pasar ahora tres
cuatro días en Madrid. Pues bien: hasta q
venga a despedirme, no le consienta usted sal
a la calle.

D.ª REPANDA.—Y ¿cómo podré conseguirlo

ULPIANO.—Allá usted con su ingenio. Em

ce usted por no darle esos pantalones. ¡No ne otros!

).ª REPANDA.—Pero, ¿ha de andar en cal-cillos por la casa?

JLPIANO.—¿Hay aquí quien se asuste?

).ª REPANDA.—No... Eso, no... Pero como se empeñe, sale.

JLPIANO.—¿Sí, verdad ¡Pues a usted la go responsable de ello! Como yo lo vea por , como vaya al café a buscarme, como dé con pensión en que vivo, ¡se acabó mi mesada!

).ª REPANDA.—¡No! ¡Eso, no!

JLPIANO.—¡No vuelvo a mandarle a usted ı peseta!

).ª REPANDA.—¡Acuérdese usted de su ma-!

JLPIANO.—¡Acuérdese usted de lo que el ɔ le está diciendo! ¡No aguanto más! ¡No lo ntengo más! ¡Que se lo lleve el carro de la ura! (*Por la puerta de la izquierda sale, al esto, Rodalín. Viene en calzoncillos, y se cu- de cintura abajo con el tapete de una ca- la.*)

RODALIN.—Pero, ¿usted ha oído nunca un guaje más repugnante en boca de un ser que 'a la sangre de otro?

JLPIANO.—¿Y usted se da cuenta de cómo ará ya mi sangre, cuando tengo que hablar del que dice que me la dió?

RODALIN.—¿Cómo del que dice? ¡No ofen- una memoria sagrada!

JLPIANO.—¡No me haga usted reír! Si no ra por esa memoria, ¿dónde estaría usted

RODALIN.—Le advierto a usted, doña Re-
panda, que se ha puesto así porque yo no s
qué chivato le ha dicho que anoche me recog
un poco tarde.

ULPIANO.—¡Un poco tarde y con una borra
chera indecente! ¿Por qué no lo dejó usted en l
escalera?

RODALIN.—¿Será tonto? ¡Porque el ingeni
ha de servir de algo! Me puse a mayar—¡miau
miau!, ¡marramiau!—, y como a doña Repan
da le han robado el minino, se creyó que er
él... y le faltó tiempo para ir a abrirme.

D.ª REPANDA.—Es cierto, sí... ¡Qué chasc
me dió el muy tunante!

RODALIN.—¡Cacúmen, hombre! ¡Esto no s
le ocurre a ninguno de tu generación en todo
los días de su vida! ¡Qué generación más idio
ta! ¡Todos usan gafas!

D.ª REPANDA.—Don Ulpiano, no.

ULPIANO.—Me revuelve, señora; no pued
resistirlo. Me voy. (*Yendo a su padre, más furio
so y destemplado que nunca.*) ¡Ninguno de m
generación tiene necesidad de mayar ni de la-
drar para entrar en su casa! ¡A mí, para entrar
en la mía, me basta mi llavín!

RODALIN.—¡Y a mí el mío, panoli! ¡Perc
anoche no atinaba con la rajita de la cerradu-
ra! ¡Generación menguada! No beben vino; no
les gustan las mujeres más que en fotografía...

D.ª REPANDA.—¿Cómo?

RODALIN.—¡En el cine, señora! ¡En cuan-
to ven a una hembra de bulto, echan a correr!
¡Por eso no van al teatro! (*Encarándose con su
hijo.*) ¡Me perezco por las mujeres! ¿Qué pasa?

LPIANO.—¡Pasa que las mujeres quieren
bres y no pitracos!
DDALIN.—¿Pitracos? ¡Las conquistas que
desecho, por no agotarme, las quisieras tú
darte tono en tu casa de huéspedes! ¡Que
ente doña Repanda!
REPANDA.—¿Yo?
DDALIN.—Aludo a la rubia platino de ayer
e.
REPANDA.—¿Qué rubia platino?
LPIANO.—¡Si no dice una palabra de ver-
señora!
DDALIN.—¡Como que la mentira es la sal
vida, sosaina!
REPANDA.—¡Pues entonces vive usted en
iera!
DALIN.—¡A mucha honra! ¡Qué genera-
¡Seriedad, seriedad, seriedad! ¡En todo
dad! ¡Pues a mí no me da la gana de ser
¿Tú no engañas a nadie?
PIANO.—¡A nadie!
DALIN.—¡Viajante de comercio y dice que
gaña a nadie! ¡Miau!
PIANO.—¡Y no engaño a nadie! ¡No, se-

DALIN.—¡Pues vas a echar buen pelo!
PIANO.—(*Reprimiéndose para no ahogar-*
eñora, no quiero cometer un atropello en
ncia de usted. Ya vendré a despedirme.
DALIN.—Sí, ¡ante todo, formalidad!
PIANO.—¡Usted verá si ahora va en serio!
*ña Repanda.*) Lo dicho: como salga a la
despídase usted de mis pesetas. ¡Abur! (*Se
estampía por la puerta de la derecha.*)

RODALIN.—*¡Pues como vivió hasta aquí*
*vivirá siempre don Juan!*

¡Adiós, *sinsombrerista!* ¡Ya también me ha
yo de tanto echarme en cara la mesada! ¡Es i
bécil! ¡Claro! ¡No saben más que plancha
el pelo y se les llenan los sesos de cosméti
Deme usted ya mis pantalones.

D.ª REPANDA.—No están arreglados toda

RODALIN.—¡Sí están arreglados!

D.ª REPANDA.—No, señor. Y que con la m
sada no se juega. Yo no vivo más que con lo q
me manda su hijo de usted y con lo que
da don Manolito, el de la habitación de la ca

RODALIN.—¡Otro cursilón!

D.ª REPANDA.—¿Cursilón?

RODALIN.—¡Cursilón y medio! ¡El día q
se le despega un pelo del planchado, le en
fiebre! ¿Y la ceja raquítica que se ha dejado
el labio en vez de bigote? Pues ¿y la cintita r
que se pone en todas las solapas? ¡Cursilón
medio! Vengan mis pantalones.

D.ª REPANDA.—Le digo a usted que no. V
a llevarlos al taller de la esquina, para que
los repasen bien. Nada: unos diítas de cam
Con las cosas de comer no se juega. (*Se mar*
*por la puerta de la derecha diciendo:*) Aquí
ne usted quien lo acompañe.

RODALIN.—¿Quién? ¡Ah! ¡El marqués de
Tapas de Cocina! (*Y se presenta el así nomb*
*do, o sea Don Xavier, contemporáneo y comp*
*che de nuestro Rodalín. Trae unos llamati*
*pantalones, un magnífico gabán, que le e*
*grande, y unos alegres botines, que le están c*
*cos.*)

ON XAVIER.—¡Hola, muchacho!
ODALIN.—¡Hola, don Xavier!
ON XAVIER.—¿Qué es eso?
ODALIN.—El tapete de la camilla. La ca-
la es mueble de hogar, y hoy no me dejan
r de casa.
ON XAVIER.—¿No, eh?
ODALIN.—Y casi lo agradezco, porque no
do con mi cuerpo.
ON XAVIER.—¿*Caducaste* anoche?
ODALIN.—*Caduqué.* A primera hora estu-
os unos cuantos pelmazos en los altos de *La*
*ana*: ¡un rato de jolgorio con las camare-
! Ya sabes lo que le gusto a Esperancilla. Y
go nos fuimos a Villa Rosa, a oír cantar fla-
ico. Allí me amaneció.
ON XAVIER.—Siempre castizo.
ODALIN.—A la salida me dió el vino por
dirle homenaje a la estatua del autor de "La
a es sueño"... ¡Paradojas!
ON XAVIER.—¿Tú, que no duermes nunca!
ODALIN.—¡Hombre, porque dormir es acor-
e la vida!
ON XAVIER.—Filosofías aparte: ¿qué te
ece este gabán?
ODALIN.—Que no es tuyo.
ON XAVIER.—¿Se advierte?
ODALIN.—Vuélvete de espaldas.
ON XAVIER.—¿Se advierte?
ODALIN.—Desde un avión.
ON XAVIER.—Pues diste en hueso, porque
nío.
ODALIN.—Pues no te lo han hecho a la me-
a. Explícame el milagro.

DON XAVIER.—Verás. Cerca de la puerta
*Palace* me encontré una chapa de metal con
número. Dilema: o salgo abrigado o voy a
Comisaría. De audaces es la fortuna—me dij
Subo al guardarropa, doy la chapa en el m
trador ,que estaba así de gente; un criado
coloca la prenda, y yo me *retiro* satisfecho,
este aire de diplomático que Dios me ha da
Eran las tres y media de la tarde. A las cua
menos veinticinco estaba en el Hipódromo.

RODALIN.—¿En taxi?

DON XAVIER.—¡Qué bobada! ¡A pie y
yendo de mi sombra!

RODALIN.—¡Pues que sea enhorabuena, m
qués; porque es de abrigo!

DON XAVIER.—Demasiado para el día
hoy. (*Se lo quita.*) ¡Qué diantre! No sé pres
dir de mis hábitos aristocráticos!

RODALIN.—¡Ah! ¿Quedarse con un ga
ajeno es sangre azul?

DON XAVIER.—Ya tú me conoces.

RODALIN.—Oye, ¿y los botines, te los
echado los Reyes?

DON XAVIER.—¿Por qué lo dices?

RODALIN.—¡Porque son de criatura!

DON XAVIER.—¡Pero visten, hombre! Te
a enseñar las últimas tarjetas que me he hec
Mira.

RODALIN.—¿Con escudo y todo?

DON XAVIER.—¡No, que no! Donde lo h
se luce. Aquí tienes: campo de gules, el ojo
mochuelo, el rabo de zorra...

RODALIN.—Ya, ya. Eres grande. (*Leyendo*

*eta.*) Xavier Ximénez de Xerez y del Xara-
go. ¿Sabes que dan anginas?
ON XAVIER.—Las cuatro X de casa.
ODALIN.—¿De qué casa?
ON XAVIER.—¡De la mía!
ODALIN.—Pero hombre, ¿vas a presumir
bién conmigo? ¡Si yo te he conocido exhi-
ndo las pulgas amaestradas en la Plaza de
ón Martín!
ON XAVIER.—¡Pues llevo en los tuétanos
ristocracia! Precisamente mi mujer, que a
s horas está en Estado...
ODALIN.—¿En qué estado?
ON XAVIER.—¡En el Ministerio!
ODALIN.—¡Ah! Me sorprendía otra cosa.
ON XAVIER.—¡Granuja! ¿Sabes? Revol-
ndo papeles he encontrado en mi archivo
s títulos viejos..., y voy a ver si dan algo de

ODALIN.—¿Son de punto?
ON XAVIER.—No te rías. Idiosincrasia prin-
sca, Pepe Juan: lo mamé con la leche. ¡Su-
aristocracia! Cuando me sobra un duro, me
o las uñas.
ODALIN.—¿Cuando te sobra un duro? ¡Qué
otético! ¿Y he sido yo el del homenaje a
lerón?
ON XAVIER.—Chico, algunos días, por una
aña voluptuosidad, atravieso el Casino de
lrid como si fuera el presidente. Entro por
alle de Alcalá y salgo por la de la Aduana,
ntro por la de la Aduana y salgo por la de
alá. ¡Un socio transeúnte!
ODALIN.—¡Más transeúnte que socio!

DON XAVIER.—Pero, ¿quién me quita
vanagloria?
RODALIN.—¡Un portero, en cuanto lo rep
mucho!
DON XAVIER.—¿Y este golpe? (*Se pone*
*monóculo.*)
RODALIN.—¡Azúcar!
DON XAVIER.—No sé qué tiene el cristal
que aturde. ¿Eh? ¡Fíjate!
RODALIN.—Pareces un besugo.
DON XAVIER.—Ríete, ríete lo que quiera
RODALIN.—No, no me río. Pero me abrur
tantas grandezas, y me voy a meter en la ca
Estoy muerto de sueño.
DON XAVIER.—Espérate un momento, p
que puede que yo te lo quite con una notici
RODALIN.—¿Con una noticia? ¡Gorda ti
que ser para tanto!
DON XAVIER.—Vamos a verlo. Dime, P
Juan: ¿sabes tú si vive tu segunda mujer?
RODALIN.—¿Mi segunda mujer? ¿Cuál es
segunda mujer?
DON XAVIER.—Tu segunda mujer; tu leg
ma segunda mujer; a un lado las chapuzas.
RODALIN.—¡Ah, sí! Visita, la modista.
DON XAVIER.—Esa. ¿Vive?
RODALIN.—¡Qué sé yo! Pregúntaselo a e
DON XAVIER.—Pero, ¿dónde está?
RODALIN.—¡Qué sé yo!
DON XAVIER.—¿Qué señas tenía?
RODALIN.—¡Qué sé yo! ¿Quién se acuer
entre tantas?... Déjame que me acueste. En
cama te contestaré al interrogatorio.
DON XAVIER.—No, no; escúchame en se

te he dicho que a un lado las chapuzas. Vi- era morena, ¿verdad?

ODALIN.—Creo que sí.

ON XAVIER.—Con muy buenos ojos.

ODALIN.—Muy buenos, muy buenos. De eso acuerdo bien. ¡Como que me enganchó por pestañas! Ahora mismo me parece que la es- viendo. ¡Qué rica era! Oye, tenía en el labio erior como una especie de bigotito muy sua- ., que había que acercarse mucho a ella para lo...

ON XAVIER.—¿Y un lunar aterciopelado to a la oreja izquierda?

RODALIN.—¡Inconfundible! ¡Qué buenos ra- he pasado allí!

ON XAVIER.—¿Sí, eh? Pues esta es la no- a que te traigo, Pepe Juan: Visita vive.

RODALIN.—¿Que vive?

ON XAVIER.—Y está en Madrid.

RODALIN.—No me gastes bromas.

ON XAVIER.—Y, además, te busca.

RODALIN.—¡Eso sí que no!

ON XAVIER.—¿Con que no? Me lo acaba decir Antonio Gambas, que ha hablado con a.

RODALIN.—¡Piñones! ¿Y le ha dicho dónde o yo?

DON XAVIER.—Seguramente.

RODALIN.—¡Pero si no es posible! ¡Ya se me é el sueño a la porra! ¡Si ella no puede bus- rme a mí!

DON XAVIER.—¿Por qué no?

RODALIN.—¡Porque cree que me he muer-

to! ¡En todo caso, buscará a mi hermano! Juan José, que en paz descanse!

DON XAVIER.—¿Qué dices, hombre?

RODALIN.—¡Me veo veraneando en Ocañ

DON XAVIER.—En Cartagena se está mej te advierto.

RODALIN.—Don Xavier, ¿yo no te he cont tado a ti nunca que Visita se cree viuda?

DON XAVIER.—No.

RODALIN.—Pues se cree viuda.

DON XAVIER.—¿Y eso?

RODALIN.—¡Mis cosas! ¡Cosas de Rodalí Yo tengo ya cosas. Verás, verás... ¡Pero cón me he espabilado, chico!

DON XAVIER.—Ya te lo anuncié. ¿Tú te c saste con Visita en San Sebastián, no es eso?

RODALIN.—En el Buen Pastor. Ella era u modistilla de Irún, con diecisiete años, y yo pendón de Madrid, con cuarenta y cinco. ¡Hi una buena boda!

DON XAVIER.—¡Ja, ja, ja!

RODALIN.—¡Mi labia sandunguera! No se resiste ninguna. Eso sí: tuve que pasar por Vicaría. Y nos fuimos de luna de miel a Par Fronteriza ella, mundial yo... ¡A París! Ell que era monísima, y muy lista, y que habla el francés como los ángeles—como los ángel franceses—, se colocó enseguida en una de es tiendas de modas que allí llaman *Robes*. Y está bien llamadas. *¡Robes!* ¡Qué precios, chico!

DON XAVIER.—Ya, ya. Me sé de memor esas tiendas... y toda la vida parisién.

RODALIN.—Es verdad: ¡de cuando estuvis en la Embajada! ¡No me mates, marqués! Bu

)ues a los seis meses de matrimonio, como
an versátil, a Dios gracias, estaba ya de mi
er, de París y de los franchutes hasta más
a del pelo. Sobre que como aquel ambien-
*dangereux,* que ellos dicen, y yo casi le tri-
ba la edad a Visita, empecé a escamarme.
das cuenta? Y de la noche a la mañana, me
té en Madrid.

)N XAVIER.—¿Con ella?

)DALIN.—¡Quiá! ¡Ella se quedaba en Pa-
uy bien colocada! No me he vuelto a acor-
del santo de su nombre. Y un triste suceso
oportunamente en mi auxilio. Pocos días
ués de llegar yo a Madrid atropelló un ca-
a mi hermano Juan José y lo dejó en el
R. I. P. Algunos periódicos publicaron re-
s suyos, que parecían míos, con este pie:
lesventurado señor Rodalín, muerto trági-
ente". ¿Qué más quise yo? Recorté cuatro
co y se los mandé a Visita a la tienda de
*s,* con una carta de un supuesto amigo mío,
e daba el más sentido pésame. "¡Pobre Ro-
! Bien merece que usted lo perdone, le de-
La adoraba a usted". De esto hace siete
¡Yo creo que una boda tan disparatada no
e acabarse mejor!

)N XAVIER.—Desde luego. Pero te veo en
a o en Cartagena. Porque, según los infor-
de Antonio Gambas, ella volvió a casarse.

)DALIN.—¿Ah, sí? ¿Con quién?

)N XAVIER.—Eso no me lo ha dicho.

)DALIN.—¡Parece mentira! ¡Qué mujeres!
liviandad! A rey muerto, rey puesto. ¡Bien
yo en no fiarme de ninguna de ellas!

DON XAVIER.—Pero, hombre, ¡si se cr
viuda!

RODALIN.—¿Y a quién le ha dado el p
me? ¡Tú también!...

DON XAVIER.—¿No le contestó al amigo
le envió los retratos?

RODALIN.—¿Qué había de contestarle?
guardé yo mucho de ponerle las señas!

DON XAVIER.—¡Entonces!... (*Corta el di
go la llegada de Salustia, moza de pueblo, c
da de la casa, un tanto asustadiza, que v
por la puerta de la derecha.*)

SALUSTIA.—Señor.

RODALIN.—¿Qué hay?

SALUSTIA.—Una señora pregunta por u

RODALIN.—¿Por quién?

SALUSTIA.—Por usté.

RODALIN.—(*Con sobresalto, que contagi
don Xavier y a Salustia.*) ¡Ella!

DON XAVIER.—¡Ella!

RODALIN.—¡Sin duda! ¡Me lo dice *il cu*
¡Cierra, Salustia!

DON XAVIER.—¡Cierra!

SALUSTIA.—¿Qué?

RODALIN.—¡Que cierres ahí!

SALUSTIA.—¡Ah! Ya está.

RODALIN.—Y baja la voz. ¿Cómo es esa
ñora?

DON XAVIER.—¿Cómo es?

RODALIN.—¿Cómo es?

SALUSTIA.—¡Guapísima! ¡Y muy alega

DON XAVIER.—¡El baño de París!

RODALIN.—¿Tiene un lunar al filo de
oreja?

ALUSTIA.—No me he fijao; pero voy a
o.
ODALIN.—¡Quieta aquí! ¡Aguarda!
ON XAVIER.—¡Quieta aquí!
ALUSTIA.—Pero, ¿qué la digo?
ODALIN.—Que no estoy en casa, por de
nto.
ON XAVIER.—Eso: que ha salido el señor.
ALUSTIA.—¿La digo mejor que no ha ve-
o usté a dormir esta noche?
ODALIN.—No lo va a creer. Espera. Calma,
na... Cacúmen... Genio... El chispazo, el
spazo... ¡Venga, el chispazo!
ON XAVIER.—¿Quieres que la reciba yo?
ODALIN.—No hace falta: ¡ya está aquí el
spazo! Soy yo mismo quien la va a recibir.
ON XAVIER.—¿Tú?
ODALIN.—Yo. Digo, yo no; mi hermano.
ON XAVIER.—¡Ah!
ODALIN.—Yo soy ahora Juan José, ¿tú com-
ndes?, y José Juan, que de verdad soy yo,
á bajo tierra.
ON XAVIER.—¡Oh!
ODALIN.—Ella... es viuda de José Juan, y
recibe su cuñado Juan José, que es a quien
vendrá buscando.
ON XAVIER.—¡Genial!
ODALIN.—¿No éramos dos gotas de vino?
ON XAVIER.—¡Genial!. ¡Genial!
ODALIN. — ¿No nos confundía todo el
ndo?
ON XAVIER. — ¡Genial, Rodalín! ( *Lo*
*aza.*)
ODALIN.—(*A Salustia.*) Que pase esa seño-

ra. Y ven tú conmigo, don Xavier. ¡Ya estoy en mis glorias! (*Entrase por la puerta de la* *quierda.*)

SALUSTIA.—(*Yéndose por la de la derech* ¡Rediez y qué de enredos! ¡La asustan a un (*A poco vuelve con Visita que es, en efecto, n jer bonita y elegante. Tiene a gala su encumb miento social y respira con satisfacción*).

VISITA.—¿De modo que la dueña de la ca no está?

SALUSTIA.—No, señora; pero vendrá al i tante. No suele faltar nunca.

VISITA.—¿Y es la esposa del señor Roc lín?

SALUSTIA.—No, señora: es la patrona de pensión.

VISITA.—¡Ah!

SALUSTIA.—El señor Rodalín vive solo.

VISITA.—¡Ah! Oye, y ¿tú sabes, por casua dad, si este señor Rodalín tenía un hermano?

SALUSTIA.—Sí, señora.

VISITA. — ¿Que murió el pobre atropel do?...

SALUSTIA.—Cabalito: por el camión de leche que viene de Las Navas. Lo he oído de ferir.

VISITA.—¡El trabajo que me ha costado d con este señor!

SALUSTIA.—Pues ahora saldrá él. Me vo con su permiso, porque a doña Repanda no gusta que una las dé palique a las visitas.

VISITA.—Bien, bien.

SALUSTIA.—Con su permiso. (*Se retira p donde salió*).

SITA.—¡Estar yo en Madrid y no buscar a
uñado, hubiera sido imperdonable! ¡Pobre
Juan! (Y vuelve Rodalín muy atusadito y
los pantalones de don Xavier; el cual, na-
mente, los ha trocado allá dentro por el ta-
de la camilla).
DDALIN.—Señora... (Verlo Visita, y dar un
estremecedor, todo es uno. Rodalín pega
rinco).
SITA.—¡Oh!
DDALIN.—¿Eh?
SITA.—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué efecto me
echo!
DDALIN.—¿Qué le pasa, señora?
SITA.—¡Ay, la voz!
DDALIN.—¿Qué?
SITA.—¡La voz es la misma! ¡La misma!
DDALIN.—¿La misma de quién?
SITA.—¡Ay! ¡ay! ¡Si esto parece una pesa-
! Pues, ¿y la mirada? ¡No me mire usted!
me mire, por Dios!
DDALIN.—¿Que no la mire? ¿Por qué ra-
señora?
SITA.—Yo soy muy impresionable..., muy
ble... Y no es para menos el caso... Ya le
caré... Déjeme usted que me serene.
DDALIN.—¿Cómo no?
SITA. — (Tendiéndole una mano). ¡Señor
Juan José de mi alma! ¡Ay, la mano!
DDALIN.—(Mirándosela). ¿La mano? ¿Qué
?
SITA.—¡Ay el temple de la mano, que es
! Pero, ¿es posible esto?

RODALIN. — Como todavía no sé lo que esto, no sé si es posible.

VISITA.—Ahora le diré a usted. (*Procura ponerse, mientras dice aparte Rodalín*).

RODALIN.—(Se tragó la píldora. ¡Soy rrás!).

VISITA.—Usted y yo, don Juan José, no hemos hablado nunca; no nos hemos visto ha hoy. ¿Me reconoce usted, sin embargo?

RODALIN. — ¡Si no nos *hemos* visto ha hoy!...

VISITA.—Bien; pero algún retrato, algún trato mío... Yo no he cambiado apenas; he gruesado un poquitín nada más...

RODALIN.—Pues está usted muy bien de nes ahora.

VISITA.—¿No cae usted?

RODALIN.—(*Con doble sentido.*) No caigo; no caigo.

VISITA.—Yo soy Visitación Azpilicueta.

RODALIN. — (*Como aturdido por el gol* ¿Azpilicueta? ¿Visitación?

VISITA.—La misma.

RODALIN.—¿Mi cuñada? ¿Visita? (¡Bor ¡Borrás!) ¿La viuda de mi pobre hermano J José, digo José Juan?

VISITA.—Su viuda; sí señor. (*Rodalín ro a sollozar y a llorar amargamente y se abra ella como loco*). (*Don Xavier, en tanto, asom cabeza por la ventana del pasillo, y, entusias do, exclama para sí*).

DON XAVIER.—(¡Bravo!).

RODALIN.—¡Ay! ¡Ay! Usted me disculp

ebato... Ahora he sido yo el conmovido, el
sible...

ISITA.—Era natural... La sorpresa... ¡Pobre
e Juan!

ODALIN.—¡Pobre Pepe! Pero, siéntese us-
, Visita... Tranquilícese usted... Tranquili-
nonos los dos.

ISITA.—Tranquilicémonos; es verdad.

ODALIN.—¡Qué Visita ésta, qué Visita!...

ISITA.—¡Ay! (*Se compone y retoca cuidado-
nente*). ¡Ay!...

ODALIN.—¡Ay!... (*Aún entre lágrimas, pe-
mirándola embobado.*) (¡Está para comérse-
.. ¡Para comérsela otra vez!).

ISITA.—¡Qué vueltas da el mundo! ¡Qué co-
... He venido a Madrid a la boda de una pri-
lejana, y me sabía mal marcharme sin ras-
r un poco, sin inquirir algo relacionado con
el hombre, a quien tanto quise... (*A un gesto
él*). Sí, señor, sí; lo quise mucho. Fué una ca-
a de chorlito; pero lo quise mucho.

ODALIN.—Santa gloria haya.

ISITA. — ¡Seguramente lo ha perdonado
s! Si lo dejó hablar, lo ha perdonado. ¡Era
gracioso!

ODALIN. — Sí, sí..., muy gracioso... Como
os los pillos.

ISITA.—No sé quién me habló de que us-
vivía, y desde aquel instante me propuse
con usted... Tenía mucho gusto en conocer-
y además un deseo muy grande de recordar
Pepe Juan y aquellos tiempos ya pasados...
no le he dicho antes, soy muy fácil a la emo-

ción, muy cariñosa. Y por lo mismo que ah mi posición es tan distinta, al revés que ot que se envanecen, me recreo en recordar mi gen humilde... ¿Quién conoce en mí a aque pobre modistilla irunesa, hija de una vende ra de sardinas de San Sebastián?

RODALIN.—¡No hay sardina que la con ca!

VISITA.—¡Ja, ja, ja! Esa salida parece de pobre Pepe.

RODALIN.—¿Ah, sí? ¿Parece de Pepe?

VISITA.—¡Claro! Al fin y al cabo la sangr

RODALIN. — No; pues éramos el agua y fuego.

VISITA.—Pues el parecido físico da frío. fin, ya ha visto usted mi conmoción...

RODALIN.—Sí; ya he visto, ya he visto... usted vive en San Sebastián ahora?

VISITA.—No, señor; yo sigo en París.

RODALIN.—¿En París? *¡Oh, lá lá!*

VISITA. — ¡Se vive allí muy bien! Adem que la vida la lleva a una por donde ella qu re. A los dos años de haber muerto el po Pepe Juan... ¡Lo que yó lloré a aquel buen ho bre! ¡El no podría imaginarlo!

RODALIN.—¡Pues tenía bastante imagi ción!

VISITA.—Sí; pero quizá no supo jamás ha qué punto era yo suya. ¡Este corazón mío es arca sin fondo!

RODALIN.—Bueno, y ¿qué ocurrió a los años de muerto él?

VISITA.—Lo corriente, señor; lo inevitabl

ı mujer joven y no mal parecida... Me vol-
ı casar.
ODALIN.—¡Caramba!
ISITA.—Sí; ya sé que, a los cuñados, estas
ıs no les caen bien; pero...
ODALIN.—¡Oh! Mi ¡caramba! no tiene ese
ido que usted le ha dado..., no tiene mali-
.. Pero comprenda usted que lo menos que
ía decir ante la inesperada nueva era eso:
amba! Y ¿quién fué ese afortunado mor-
ol
ISITA.—Usted lo ha dicho en dos palabras:
tunado..., y mortal.
ODALIN. — ¡Caramba! Ahora parece que
mejor. ¿También murió el segundo?
ISITA. — (*Con un suspiro*). ¡También! ¡Ya
dos! Para un corazón como el mío... ¡Ya
dos!
ODALIN. — (*Levantándose por disimular*).
izmente no va más que uno: ¡el primero hu-
tiempo!). Y ¿quién fué su segundo marido,
ra? ¿Cómo se llamaba?
ISITA.—Filiberto Carbonell.
ODALIN.—¿Carbonell?
ISITA.—Carbonell y Ocaña.
ODALIN.—¿Ocaña? ¡Caray, qué misterios!
errá usted creer que hoy he estado con el
bre de Ocaña a vueltas?
SITA.—Telepatía... Mi atracción, acaso...
ODALIN.—¡O la de Ocaña! ¡Vaya usted a
r! ...
SITA.—Carbonell era un hombre perfec-
sin desmejorar a mi primer difunto—. Bon-
oso, caballeroso, formal... Yo entré de ca-

jera en su Hotel—*Hotel Mont Bleu*—; se e
moró de mí..., y a los tres meses nos casam
¡Y al año y medio me dejaba otra vez viu
heredera de todos sus bienes y dueña absolu
por lo tanto, no sólo del *Hotel Mont Bleu* s
también de su sucursal en San Sebastián!

RODALIN.—¡Ah! ¿Tenemos dos fondas?

VISITA.—Sí; tengo dos fondas. Y además u
casa en París. ¡Quién había de decírselo a aq
lla pobre modistilla de Irún!...

RODALIN.—Y a su primer marido.

VISITA.—Pues para su satisfacción sepa
ted, como hermano suyo, que aunque Carbo
fué conmigo un esposo modelo, ni un sólo c
desde mi matrimonio con él, dejé de acordar
del otro tunantón...

RODALIN.—¡Ah! ¡El otro..., el otro!...

VISITA. — (*Acercándosele maliciosamen*
Ni un solo día..., ni una sola noche.

RODALIN.—¡Gracia que había en casa!

VISITA.—Gracia, gracia; eso es: ¡muchísi
gracia!

RODALIN.—¡Y el pobre Carbonell, tan a
no!

VISITA.—Calle usted, por Dios...

RODALIN.—¡Lon fondistas no se enteran
muchas cosas!

VISITA.—(*Rompiendo a reir, sin poder rem
diarlo*). ¡Ja, ja, ja! ¡Usted será muy distinto
otro, pero tiene sus mismos golpes! ¡Ja, ja,

RODALIN.—(*Riendo con ella*). ¡Ja, ja, ja!

VISITA.—(*Poniéndose repentinamente ser*
¡Ay, la risa!

RODALIN.—¿Qué?

ISITA. — ¡Ay, la risa! ¡Es estar oyendo a
e Juan!
ODALIN.—¡Pues ya me tiene usted más se-
que un ajo! Todo menos que usted padezca
el recuerdo.
ISITA.—Reconocidísima; es usted muy gen-

ODALIN.—¿En qué sentido?
ISITA.—Déjese de burlas. Usted no sabe el
do de mi ánimo en este momento. Lo que le
guro a usted es que esta visita no será úni-
Pero ahora me marcho.
ODALIN.—¿Que se marcha?
ISITA.—Sí. Me esperan... Y además necesito
poco de aire libre...
ODALIN.—Yo tendría mucho gusto en ir a
dar a usted, en corresponder a esta aten-
.
ISITA.—No se moleste....
ODALIN. — ¡Es lo menos!... Un deber de
itud..., y una complacencia de hermano po-
o.
ISITA.—Insisto: es usted muy gentil.
ODALIN.—¿Dónde vive usted?
ISITA.—En la Pensión San Serení.
ODALIN.—No conozco... ¿Dónde está eso?
ISITA.—En la calle de los Tres Peces. Aho-
oy para allá.
ODALIN. — ¿Me autoriza usted a que la
npañe?
ISITA.—¡Por Dios! ¿No le trastorna?
ODALIN.—¡Todo lo contrario!
ISITA.—¡Pues no sé negarme a su amabili-
! ¡Qué sé yo lo que siento al lado de usted!

¡Tantos recuerdos! ¡Tantas emociones!...

RODALIN.—Pues, ¿y yo, Visita? ¡Me ha movido usted tantas cosas!... (*Lacrimos* ¡Cuántas cosas me ha removido usted! ¿V mos?

VISITA.—Vamos, cuando usted guste.

RODALIN.—Me llevaré el gabán, que lue a la tarde, refresca.

VISITA.—Sí; es conveniente. Estos días de son muy traicioneros. (*Mientras ella se arreg mirándose en el espejillo de su bolso, él se po abrigo y el sombrero de don Xavier, y co también un junquillo para juguetear, que d Xavier traía. Este se asoma de nuevo a la ve tana del pasillo, y, procurando que no le v Visita, le hace señas a Rodalín, indignado, co preguntándole si lo va a dejar mucho tiempo ropas menores. Rodalín le da a entender que sale todo por una friolera*).

RODALIN. — A la disposición de usted. (*esto vuelve de la calle doña Repanda, que puede reprimir una exclamación ante aquel cu dro pintoresco. Sus ojos van de Rodalín a V ta, y aun a la ventana del pasillo, donde se v mbra echando chispas a don Xavier*).

DOÑA REPANDA.—¿Eh?

RODALIN.—¡Ah! ¡Doña Repanda! ¡Cuán celebro que haya usted venido!

DOÑA REPANDA.—Señora...

VISITA.—Señora...

RODALIN.—Presentaré a ustedes. La seño viuda de Carbonell.

DOÑA REPANDA.—Muy señora mía.

RODALIN.—Doña Repanda, la dueña de es

ıiso. Patrona ejemplar, por lo compasiva. ni madre, es mi hermana, es mi hija, es mi ela...

SITA.—Tanto gusto...

)ÑA REPANDA. — Señora, yo no soy más una humilde mujer... ¿Me permite usted un nento, señor Rodalín? Disculpe usted, se-...

SITA.—¡No faltaría más!

)ÑA REPANDA. — (*Llevándose a Rodalín te*). (¡Por Dios, no salga usted a la calle, me arruina!)

)DALIN. — ¡No se apure usted! ¡Tenemos fondas!

)ÑA REPANDA.—¿Qué dice usted? ¿Está l loco? ¿De quién son esos pantalones?

)DALIN.—¡De la estatua de Salamanca!

)ÑA REPANDA.—¿Y ese abrigo?

)DALIN.—¡Uh! ¡Sólo Dios lo sabe!

)ÑA REPANDA.—¿Y la señora?...

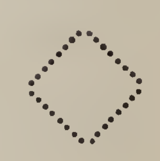
)DALIN. — ¡La señora es mía! ¿Se entera l? ¡Mía! (*Apartándose de ella, y en voz alta* ¡Qué consulta más inocente! ¡Ponga usted ›stre que más le agrade! ¡Valiente niñería! to me gusta la leche frita como el arroz con ! ¿Usted ha visto patrona más tierna? ¡Ah! ıelve ese muchacho viajante de comercio, estuvo aquí hace poco, dígale usted que hoy eno en casa, pero que me busque mañana Ministerio del Trabajo; y a don Xavier, está en mi cuarto despachando la corres-encia, que a las cuatro en punto iré yo a la ı. ¡Que no compre ningún papel sin hablar ıigo! ¿Vamos, Visitación?

VISITA. — Vamos. Buenos días. (*Se mar* *con él*).

DOÑA REPANDA.—(*Absorta*). Buenos d ¡Es un diablo este Rodalín!

DON XAVIER.—(*Cruzado de brazos, desd* *ventana.*) ¡Un diablo que me ha dejado en zoncillos!

FIN DEL ACTO PRIMERO



# ACTO SEGUNDO

stamos en la Pensión San Serení, nombrada en el acto ior, y en una especie de salita de lectura. Puerta al foro, dá a una luminosa galería. A derecha e izquierda, sendos s con montante, que conducen a los corredores en que las habitaciones de la Pensión. Un pequeño escritorio en imer término de la derecha del actor. En el centro, una con periódicos y revistas, de la **llamada buena prensa** s ellos. Alguna butaca y varias sillas.
s a los pocos días del acto primero, y por la tarde.

*Don Verano San Serení, dueño de la Pen-ı, ordena cuidadosamente los periódicos. Es señor como de medio siglo, ligeramente cal-con barbas de chivo, y cuyo rostro, ya mues-una severa gravedad, ya una sonrisa contra-ha. Correspondiendo a este contraste usa qué, prenda que a la vez es seria y sonrien-*

DON VERANO.—(*Sorprendido de pronto, al entre los papeles una revista verde*). ¿Eh? ıé es esto? *Adán y Eva?* "Revista juvenil". ıién ha traído a mi casa este papelucho? *lán y Eva!* (*Hojeándolo*). Una Eva..., otra a..., otra Eva... ¡A Adán no lo veo por nin-ıa parte! (*A Verbena, doncella de la casa, de-siado atractiva para servir en una pensión morijerada, que aparece por la puerta del*

*foro*). Verbena.

VERBENA.—Señor.

DON VERANO.—¿Tú sabes quién ha tra aquí esta revistuca?

VERBENA. — ¿Cuála? ¡Ah, sí! Esa la tr ayer la señora.

DON VERANO.—¿Mi señora?

VERBENA.—Sí, señor. Se la dieron en la lle. La reparten gratis, porque anuncia una ti da de medias y de combinaciones.

DON VERANO.—¿Sí, eh? Pues yo le diré señora cuanto hay que decir sobre este c Por de pronto, ahí tienes. Echala a la basur

VERBENA.—¿O a la lumbre?

DON VERANO.—No: ¡a la basura! Y óye tú, a propósito.

VERBENA.—Usted me dirá.

DON VERANO.—Es la última vez que te vierto que no cantes en casa.

VERBENA.—Señor, no canto más que cua los huéspedes han salido.

DON VERANO.—Las paredes oyen.

VERBENA.—Y el cantar aligera el trabaj

DON VERANO.—Pues elige otro reperto Canciones salaces, de ninguna manera.

VERBENA.—¡Es lo que se canta en el t tro! ¡En las revistas blancas! ¡Y va el seño

DON VERANO.—¡Pues en la Pensión San rení no se canta!

VERBENA.—Lo que cantaba esta mañana lo que está de moda.

DON VERANO.—¡No quiero saberlo!

ERBENA.—(*Cantando*).

*Me pica un ala,*
*por tu salú,*
*yo no me alcanzo,*
*ráscame tú.*

ié malicia hay en esto, señor?

ON VERANO. — "¡Ráscame tú!" ¡Adonde ios llegado!... ¡Eres una antología de malos tables! Y yo no quiero oírlos en mi casa. Ya s prevenida.

ERBENA.—¿Algo más, señor?

ON VERANO.—Nada más.

ERBENA.—(*Marchándose por la derecha*). sús, cuánto remilgo!).

ON VERANO.—Toda severidad es poca en s desvergonzados tiempos. (*Mira hacia el ar-de la izquierda, y su semblante se alegra de ito con la más halagadora sonrisa. Obra este agro nuestra amiga Visita, que aparece en je de calle, con el guapo subido*). ¡Oh! Seño-mía...

ISITA.—¡Querido don Verano!

ON VERANO.—¿Cómo no ha ido usted esta ñana al comedor?

ISITA.—¿Se me ha echado de menos, qu

ON VERANO.—Unos más que otros...

ISITA.—No sea usted mal pensado.

ON VERANO.—Pero todos, en suma. ¿Des-luego no ha sido la falta por hallarse indis-esta?

ISITA.—¡Qué disparate! Es que me empe-é, y me cogió la hora desarreglada... Como

estoy de vacaciones en Madrid, no mido el tie
po.

DON VERANO.—¡Hace usted muy bien! H
que gozar de la libertad, cuando se puede, y
la juventud..., y de esa salud de rosa que tie
usted...

VISITA.—Muy amable... (*Se pone a hojear
periódico, como distraída, y canturrea en
dientes*:)

*Me pica un ala,*
*por tu salú,*
*yo no me alcanzo,*
*ráscame tú.*

¡Qué diablo de estribillo! Se me ha metido
la cabeza y no sé dejarlo.

DON VERANO.—¡Es que es una música m
pegadiza y muy alegre!... (*Derrama un ojo h
cia el arco de la derecha, y al ver quién se ac
ca, se despide discretamente*). Vaya, con la v
nia de usted...

VISITA.—Hasta luego.

DON VERANO.—Hasta luego. (*Vase por
puerta del foro*).

VISITA.—(*Entre sí*). Allí viene. (*Llega Ulpi
no, como quien sale a leer un rato los perió
cos*).

ULPIANO.—Buenas tardes, Visita.

VISITA.—(*Fingiéndose sorprendida*). Buen
tardes, amigo.

ULPIANO.—No he tenido el gusto de verla
usted esta mañana.

VISITA.—Sí; almorcé en el cuarto.

ULPIANO.—¿Malucha?

VISITA. — Gracias a Dios, no. Un poquit

viosa. Más que nada, deseo de aislamiento.
ULPIANO.—¿De aislamiento? ¿No le basta a ed el de todo el día?
VISITA.—¿Y a usted no le gusta alguna vez larse del ruido..., de la gente..., y estar so- con sus cavilaciones?...
ULPIANO.—Eso lo dejo para cuando no ten- compañía agradable.
VISITA.—Pero, aún teniéndola, ¿no es gus- o pensar que nos echan de menos?
ULPIANO.—Para quien lo pueda pensar...
VISITA.—Si venía usted a leer, yo no quiero orbarle.
ULPIANO.—Pues sí venía a leer; pero ahora leo. A menos que sea yo quien estorbe.
VISITA.—¡De ninguna manera! Me es muy ta la conversación con usted.
ULPIANO.—Y a mí con usted; pero salgo ga- ndo.
VISITA.—Muchas gracias. ¡Ganando, dice!... se ve que es usted comerciante.
ULPIANO.—Sí; a la fuerza ahorcan.
VISITA. — ¿No le agrada a usted su profe- n?
ULPIANO.—Ni chispa.
VISITA.—Pues cámbiela con otra. A tiempo á usted.
ULPIANO.—No es tan fácil.
VISITA.—¿Qué le gustaría a usted ser? No por qué se me figura que es usted..., ¿cómo diría yo?..., un tantico romántico.
ULPIANO. — Sí, señora; lo soy. Ha acertado ed. Y no un tantico, sino mucho.

VISITA.—¡Qué casualidad! Yo también s
romántica; muy romántica.

ULPIANO.—¿También usted?

VISITA. — ¡Romantiquísima! No tiene ust
idea. Toda mi vida ha sido un puro romantic
mo.

ULPIANO.—Y la mía, deseo de encontrarlo.

VISITA. — Pero le advierto a usted que
soy de esas que se asoman al balcón una noc
de luna y se echan a llorar.

ULPIANO.—¡Yo lo mismo, Visita! ¡No se
diga usted a nadie!

VISITA.—¡Oh, qué cosa! ¡Un viajante de c
mercio romántico! Contrasentidos de la vi
¡Porque mire usted que la dueña de dos ho
les romántica también! (*Sin dejarlo habla*
Oiga usted, Ulpiano: yo, cuando voy a ver u
comedia, o una película, y no hay en ellas c
personas que se quieran hasta hacerse polvo,
me divierto.

ULPIANO.—Yo tampoco.

VISITA.—¡Aunque sus amores sean muy tr
tes!

ULPIANO.—Igual me pasa a mí. Yo no s
nunca de los que dicen: "Bastantes penas tie
la vida para ir a buscar más al teatro". Lo q
digo es esto: "¡Bastante vulgaridad tiene la v
da, para que no se nos distraiga con algo q
nos saque de ella!".

VISITA.—Habla usted que ni que me hubi
ra estado oyendo anoche.

ULPIANO.—¿Anoche?

VISITA.—Sí; porque le decía yo eso mismo

señora del diez y siete. Pero volvamos a lo quisiera usted ser...

LPIANO.—¿En lugar de viajante de comer-?

ISITA.—Justo.

LPIANO.—No sé qué contestarle... ¡Piense ed todo lo contrario!

ISITA.—¿Qué será todo lo contrario?

LPIANO.—¡Vamos a poner..., marido rico una mujer guapísima!

ISITA.—¡Pero eso no es una profesión! ¡En o caso es una suerte!

LPIANO.—No lo discuto. ¡Usted me ha pre-tado lo que quisiera ser!

ISITA. — ¿Por dónde le ha venido a usted del comercio?

LPIANO.—¡Ay, amiga mía! Así como hay ıbres que antes de nacer tiene ya su ruta zada, hay otros que vienen a este mundo a tear caminos..., y se meten por el primero encuentran donde ven un pedazo de pan llevar a su casa. Y de estos infelices he sido

ISITA.—Su padre de usted, ¿vive?

LPIANO.—No, señora.

ISITA.—¿Ni era hombre de carrera?

LPIANO.—Tampoco.

ISITA.—Pues ¿qué era su padre?

LPIANO.—Prefiero no hablar de mi padre.

ISITA.—No se avergüence usted, por humil-que fuese.

LPIANO.—No es eso, Visita.

ISITA. — Ya ve usted yo: hija soy de unos cadores. ¡Y lo digo muy alto! Y fuí modisti-

lla en Irún. ¡Y lo digo más alto todavía! Y a
ra soy dueña de dos hoteles que son dos tesor
ULPIANO.—Y de dos ojos que valen mu
más que los dos hoteles.
VISITA.—¿Vamos a tener formalidad?
ULPIANO.—Esto de los ojos es lo más for
que le he dicho a usted en toda la tarde.
VISITA.—¡Ulpiano... Ulpiano! ¡Vamos a
ner formalidad!
ULPIANO.—¡Ay, Visita! ¡Soy un esclavo
ella! ¡Vamos a tener formalidad! No quiero
me juzgue usted casquivano ni un solo inst
te. Tiempo habrá de que sepa usted a cien
cierta quién soy y cómo soy.
VISITA.—Un poquillo vehemente.
ULPIANO.—Un poquillo.
VISITA. — Como yo. Un poquillo, tambi
aficionado a las conversaciones peligrosas...
ULPIANO.—Cierto...
VISITA.—Como yo. Un poquillo, además..
ULPIANO.—Un poquillo.
VISITA.—¡Si no sabe usted lo que iba a
cir!...
ULPIANO.—¡Pero sé que también en eso
parecemos... un poquillo!
VISITA.—¡Ja, ja, ja! Vamos a tener form
dad. (*Despidiéndose*). Adiós, Ulpiano.
ULPIANO.—¿Me deja usted?
VISITA.—Es la única manera de tenerla.
veo a usted en los ojos unas chispitas...
ULPIANO.—¿Irá usted luego al comedor?
VISITA.—Iré.
ULPIANO.—Pues voy a pedir que me ca
bien de mesa.

ISITA.—¡Formalidad, Ulpiano; que no hace
s que tres días que nos conocemos! ¡Forma-
ad! (*Se va por la puerta del foro, sonriéndole,
pizca de formalidad, desde luego*).

ULPIANO. — ¡Simpática y graciosa mujer¡
ro muy simpática! Se pasa de simpática.
rá usted si mi viajecito a Madrid va a traer
a! (*Vuelve don Verano, por el arco de la iz-
erda, muy solícito*).

DON VERANO. — ¿Decía usted algo, señor
rnández?

ULPIANO.—Nada, don Verano: hablaba en-
mí.

DON VERANO.—¿Ha visto usted qué perso-
más agradable y más comunicativa es la se-
ra viuda de Carbonell?

ULPIANO.—¡Oh, mucho! Muy comunicativa
nuy agradable. Voy a trabajar un ratillo.

DON VERANO.—Dígame primero, don Ulpia-
y perdóneme la curiosidad: ¿pareció aquel
pán que perdió usted en el guardarropa del
*lace*?

ULPIANO.—No, señor, no. ¡Nunca esperé yo
e pareciera! Se conoce que le estaba muy bien
que se lo puso.

DON VERANO.—Pero ¿no quedó ninguno en
eque?...

ULPIANO.—¡Ca! Aquello no fué cambio, fué
no.

DON VERANO.—¡Qué contrariedad más la-
entable! (*Se va, acompañándolo, por el arco
la derecha. A poco sale por la puerta del fo-
Rodalín, seguido de Verbena. Viste un traje
don Manolito, el huésped distinguido de doña*

*Repanda. Le está tan holgado como a don X vier el famoso gabán.)*

VERBENA.—No sé cómo no se la ha enco trado usted en la escalera.

RODALIN.—Será porque he subido en el a censor.

VERBENA.—Pero a don Verano le dijo an algo de la visita que esperaba.

RODALIN.—¿A quién?

VERBENA.—A don Verano. El patrón se ll ma don Verano. Don Verano San Sereni. A to el mundo le choca ese nombre.

RODALIN.—Yo no lo había oído nunca; pe me gusta mucho. Si algún día tengo que conf marme, Verano me pongo. Y óyeme, primaver ya que eres la estación precedente: ¿quier decirle a don Verano que venga?

VERBENA.—Ya mismo; sí señor.

RODALIN.—(*Cantando entre dientes:*)

*Me pica un ala,*
*por tu salú...*

VERBENA.—(*Que ya se marchaba, se le ace ca y le advierte:*) ¡Por Dios, que don Verano r le oiga a usted cantar esa copla!

RODALIN.—¿Y eso?

VERBENA.—¡Porque dice que es verde!

RODALIN.—¡Don Verano no entiende de c lores! ¿Qué tiene de particular?

VERBENA.—¿Verdad que no? (*Por lo bajit*

*mplacidamente, cantan a dúo la copleja*).
DS DOS:

*Me pica un ala,*
*por tu salú,*
*yo no me alcanzo,*
*ráscame tú.*
*¡Ráscame tú!*
*¡Ráscame tú!*

*on Verano, vuelve por donde se fué, sorde el dúo y aprieta los puños, atribuyéndo- Verbena el hecho. La fulmina con una mi-, y luego saluda reverentemente a Rodalín, lviéndolo en la sonrisa más inefable.*)

ERBENA.—¡Ah, señor! El señor...

DDALIN.—¿Don Verano?

DN VERANO. — Para servirle. Márchate, bena.

DDALIN.—¿Verbena?

ERBENA.—Servidora.

DN VERANO.—Márchate.

ERBENA.—(*Yéndose por el arco de la izrda*). (¡Me veo de patitas en la calle!).

DDALIN.—Está bien la casa: Verbena, Ve-... ¡Está bien! No falta más que un orga-.

DN VERANO.—(*Desentendiéndose*). ¿Usted a persona cuya visita espera hoy la señora a de Carbonell?

DDALIN.—La misma que viste y calza. (¡Y o viste hoy!).

DN VERANO.—Pues la señora me encargó ecirle a usted que ella no tardaría: que la rdase usted cinco minutos.

DDALIN.—¡Y cinco horas, si es preciso!

DON VERANO. — Aquí hay periódicos.
quiere usted distraerse leyendo.

RODALIN. — En todo caso, alguna revist
de esas alegres... ¿Tiene *Adán y Eva?*

DON VERANO.—*¿Adán y Eva?* La tenía h
un instante... Pero ¡es tan golosa que los hu
pedes se la disputan!...

RODALIN.—Es igual... Gracias... ¡Qué bo
ta está la pensión!

DON VERANO. — Decorosa..., pulcra..., m
derna..., confortable... Procuro que la clien
la, que es muy escogida, esté contenta... Sala
juego, sala de visitas, camas vestidas de l
pio a diario, agua caliente a cualquier hora,
cina francesa, cocina española para quien la
see...

RODALIN.—Sí, sí; ya veo:

*¡San Serení*
*de la buena buena vida!*

DON VERANO.—¡Ja, ja, ja! Es curioso:
pasa por aquí persona que no me haga ese ch
te.

RODALIN. — (*Atando cabos.*) (Barrunto q
este es un Verano de lo más fresco).

DON VERANO.—Por lo mismo que cuido
la casa, elijo tanto la clientela. Aquí no ent
sino personas honorables. Señora o caball
que vea usted en la Pensión San Serení, ya p
de usted asegurar que no tiene tacha.

RODALIN.—Entendido. (*Y en este mome
aparece, por el arco de la izquierda, con gal
de pieles, don Xavier Ximénez de Xerez y
Xaramago. ¡Nada más! Se descubre respetuo
mente, se inclina ceremoniosamente ante Ro*

*que le corresponde y se sienta a escribir una* *a).*

ON VERANO.—¿Usted fué acaso amigo del or Carbonell?

ODALIN.—¿De quién?

ON VERANO. — Del señor Carbonell; del ido de doña Visita.

ODALIN.—¡Ah, no! No lo conocí. Pero sé teníamos los mismos gustos.

ON VERANO.—¡Bellísima persona! ¡Ejem- caballero!

ODALIN.—¿Se hospedaba aquí?

ON VERANO.—No; no tuve ese honor. Mu- antes de que yo estableciese mi negocio.

ODALIN.—En paz descanse. Al que sí cono- ué al primer marido de doña Visita.

ON VERANO.—Descanse en paz también.

ODALIN.—Bueno, sí. No hay inconvenien-

ON XAVIER.—(*Interrumpiendo la escritu- de su carta, que será seguramente un sabla-* San Serení.

ON VERANO.—Señor.

ON XAVIER.—¿Anda por ahí Verbena?

ON VERANO,—¿Qué desea el señor?

ON XAVIER.—Simplemente que llame al te- ono 44.444, y pregunte si la señora marquesa Varflora ha llegado ya de Biarritz.

ON VERANO.—Lo haré yo mismo.

ON XAVIER.—Siempre tan amable.

ON VERANO.—Con permiso de usted, ca- lero.

RODALIN. — Está usted en su casa. (*Ca-rreando, en broma*).

*¡San Serení*
*de la buena buena vida!...*

(*Y por la puerta del foro, hacia la izquier-
se va don Verano repitiendo:*)

DON VERANO.—44.444. No es fácil que
olvide. (*Rodalín y su amigo no se mueven
donde están, pero hablan, disimuladamente*

RODALIN.—¿Chico! ¿otro gabán?

DON XAVIER.—Ya ves: y de nutria.

RODALLIN. — Nutria cruzada con con-
Pero ¿cómo te las compones?

DON XAVIER.—¡Que le he cogido el tr-
quillo a eso de las chapas de los guardarrop-
Este lo pesqué en una tribuna del Congreso,
día que por casualidad hubo crisis. A río rev-
to... Tú sí que vienes hoy elegantón. ¿Quién
viste?

RODALIN.—¡El mismo que me va a des-
dar en cuanto me vea!

DON XAVIER. — ¿De quién es ese traje
perfilado?

RODALIN.—¡De don Manolito! Fíjate en
cintita roja. Lo llevaron esta mañana del ti-
y estaba yo solo en la pensión. ¿Qué tal me c-

DON XAVIER,—Holgadillo... Pareces un c-
valeciente de la gripe.

RODALIN.—Oye, ¿cuántos días llevas en
te paraíso?

DON XAVIER.—Dos. Y me voy mañana
mingo.

RODALIN.—¿Tan pronto? ¿Pasan la cue-
el lunes?

)N XAVIER. — *¡Chachipé!* Pero no se ha ido el tiempo. ¿Quién crees que se hospeda a habitación número siete?

)DALIN.—¿Quién? ¿Algún otro prócer?

)N XAVIER.—Agárrate.

)DALIN.—¿Quién se hospeda?

)N XAVIER.—Ulpiano: tu hijo.

)DALIN. — (*Dando un grito desentonado, alarma a don Xavier*). ¡Oh!

)N XAVIER. — ¡Por Cristo vivo, hombre! seas imprudente!

)DALIN.—Se me ha escapado, chico. ¿De o que dices que Ulpiano?...

)N XAVIER.—Se hospeda aquí en el número iete.

)DALIN.—¡Ja, ja, ja! Déjame ahora reír- Tiene el muy bobo la manía de ocultarme aradero cuando viene a Madrid, y siempre, proponérmelo, doy con él. ¡Ja, ja, ja!

ON XAVIER.—Ríete cuanto quieras, que te a durar poco.

ODALIN,—¿Por qué?

ON XAVIER. — Vuelve a agarrarte, Pepe n.

ODALIN.—No lo necesito. ¿Qué pasa?

ON XAVIER.—A tu hijo le gusta tu mujer.

ODALIN.—¡Oh!

ON XAVIER.—¡Calla! Pero no así como se era: le hace la corte; está enamorado como quinto.

ODALIN.—¡Ja, ja, ja! ¡Ahora no es que me es que me deshago; es que si no estuviéra- s en una casa tan correcta, me revolcaría!

ON XAVIER.—¡Pero, hombre!

RODALIN.—¡Tenía muchas ganas esta pi fa humana, como me llama el niño, de hab las alguna vez en competencia con un pollo guapo!

DON XAVIER.—Y ¿qué vas a hacer?

RODALIN. — ¡Disputársela en el terren los hombres! ¡Quitársela, con ángel! ¡No h parar hasta que mi viuda se enamore de su ñado! ¡Por éstas que son cruces! ¿Hay grac no hay gracia?

DON XAVIER. — Hay gracia, Rodalín; ándate con tiento, ¡porque nos jugamos dos das!

RODALIN.—Y que de la caja de la de P pienso que tú te encargues.

DON XAVIER.—Otros lo harían peor.

RODALIN. — No los conozco. Hoy pre mente le traigo a mi mujer una carta mía, gida a mi hermano Juan José—bueno, a m en que me justifico de haberla abandon Ablanda a una piedra. La escribí anoche tinta mezclada con agua de café, para imita color de ala de mosca de los manuscrito tiempo. No se me va una.

DON XAVIER.—¡Silencio, que llega el Es (*Llega, en efecto, el ilustre patrón*).

DON VERANO.—Don Crisantemo. (*Rod lo mira asombrado al oír este nombre de dí difuntos*).

DON XAVIER.—Don Verano.

DON VERANO.—El 44.444 es una lecherí

DON XAVIER.—¡Ah! ¡Pues han cambiad número!

DON VERANO. — Pero en Informaciones

dado el de la señora marquesa; y en su ca-
e han dicho que no ha regresado todavía
iarritz.

)N XAVIER.—Me lo temía. A lo mejor ten-
'o que ir allá. Pregunte usted después a la
cia si quedan camas en el sudexpreso para
ıes.

)N VERANO.—Ahora mismo lo hago.

)N XAVIER.—Individuales, ¿eh? Mil gra-
y hasta luego. (*Cambio de cortesías, como
, entre él y Rodalín, y se va don Xavier por
ıerta del foro, hacia la derecha.*)

)N VERANO.—(*Haciendo el artículo.*) ¿Sa-
sted quién es? Don Crisantemo Caltañazor
uja, barón de la Espuma de Mar.

)DALIN.—¿Hola?

)N VERANO.—Esta es la gentecita que alo-
) en mi casa, señor.

)DALIN.—¿Sí, eh? (¡Pues el lunes por la
e cuenta los cubiertos!) (*Dice mientras don
ıno se marcha a telefonear.*) Y allá va mi
bre tan tranquilo a preguntar si hay ca-
en el sudexpreso para el barón de la Es-
a de Mar, vulgo marqués de las Tapas de
na. ¡La vida es un Tío Vivo! (*Vuelve Visi-
e la calle. Lo saluda con gran zalamería y
rozo.*)

SITA.—¡Señor don Juan José!

)DALIN.—¡Visita!

SITA.—¿Le he hecho esperar mucho? ¿Us-
me disculpa, verdad? Tenía que cumplir
s encargos...

)DALIN.—¡No me dé usted explicacio-

VISITA.—¿Cómo le va?

RODALIN.—Estos días—¿querrá usted cr
lo?—soñando siempre en charlar con uste

VISITA.—¡Oh! Muchas gracias. Es usted
amable, muy bueno... Tiene usted una car
bueno, que no puede engañar a nadie.

RODALIN.—Los ojos con que usted me
ra... Como le recuerdo tanto al pobre I
Juan...

VISITA.—Siéntese usted, siéntese usted. A
a mi ladito. Hemos de hablar mucho. ¡Mu
mucho!

RODALIN.—No deseo otra cosa, lucero.

VISITA.—(*Por la cintita de la solapa.*) ¡C
No había reparado: ¿es la Legión de Hono

RODALIN.—No, no señora: Isabel la Ca
ca. La encomienda. Me la dieron cuando
ve de gobernador en Andorra.

VISITA.—¡Ah, ya! Carbonell tenía la Le
de Honor.

RODALIN.—¿Sí, eh? Tanto honor. (*Pa*
Me mira usted como sorprendida...

VISITA.—Es que me viene ocurriendo
usted una cosa muy particular. ¿Usted rec
da el efecto que me causó el primer día?
teramente me pareció, al verlo a usted,
era mi Pepe Juan en persona!

RODALIN.—Sí, sí; ya recuerdo.

VISITA.—Bueno, pues el segundo día
nos encontramos, ya el efecto fué otro. Y
aquel parecido va desvaneciéndose... Exis
no existe... Empiezo a notar diferencias...
ejemplo; los ojos. Los ojos de Pepe Juan
más oscuros.

ODALIN.—Se me habrán desteñido.
SITA.—¿Cómo?
ODALIN.—¡Porque eran enteramente igua-

SITA.—¡Ja, ja, ja!
ODALIN.—Esto le va a pasar a usted mu-
conmigo. Entre un recuerdo y una reali-
siempre se notan diferencias.
ISITA.—Exactamente. Es eso, eso es... La
na estatura es distinta. Poquita cosa, pero
nta. El difunto era un poco mayor.
ODALIN.—(*Ciñéndose la americana.*) Un
mayor, sí... Y que los años lo achican a
algo.
ISITA.—¡Ja, ja, ja! En cambio, en lo mo-
voy encontrando cada vez mayor seme-
za.
ODALIN.—El aire de familia.
ISITA.—Tiene usted salidas muy de él, muy
ciosas, muy suyas... A usted no necesito de-
elo: ¡Pepe Juan tenía muchísimo salero!
ODALIN.—¡Muchísimo salero! ¿Y se lo re-
rdo yo a usted algunas veces?
ISITA.—Más de las que usted puede figu-
se.
RODALIN.—¡Visita! ¡Cómo me regocija esa
laración! Nada me es a mí tan halagüeño
no evocarle a usted...
VISITA.—¡Ay, don Juan José de mis culpas!...
RODALIN.—¡Por Dios, Visita, quíteme usted
don!
VISITA.—¡Ya lo creo! Sin esfuerzo ninguno...
lo que me costaba trabajo era no tratarlo
toda confianza!

RODALIN.—Así, así. ¡Casi nos debíamos
tear!

VISITA.—¡Tiene usted razón! ¡Entre cuñ
dos!...

RODALIN.—¡Entre cuñados cariñosos!...

VISITA.—¡Pues hecho!

RODALIN.—¡Hecho! ¿Cómo estás, Visita?

VISITA.—Bien, ¿ y tú?

RODALIN.—Para servirte siempre.

VISITA.—¡Ja. ja, ja!

RODALIN.—¡Ja, ja, ja!

VISITA.—¿Me traes su carta?

RODALIN.—Sí; vida mía.

VISITA.—¿Eh?

RODALIN.—Pero te va a dar un mal rato.

VISITA.—Un rato agridulce, Juan José. T
do lo que se refiere a aquel sinvergonzón, 
encanta. ¡Si tú no sabes cómo quise yo a aq
sinvergonzón!

RODALIN.—Lo sé, lo sé perfectamente.

VISITA.—Ahora que ya nos tuteamos, te
de contar cosas...

RODALIN.—No me las cuentes que las sé. E
tre tu marido y yo no había secretos. Cua
hacía tu marido, el primero que lo sabía era 

VISITA.—Yo me refería a la vida íntima...
eso que no sale de los matrimonios...

RODALIN.—¡Pues hasta eso me lo conta
muerto de risa! ¡Era un alma de Dios!

VISITA.—¡Qué miel me dió aquel homb
¡Qué veneno me dió! ¡Qué feliz me hizo!

RODALIN.—¡Mira que la noche que se
presentó con un pijama del vecino de al la

VISITA.—¡Ja, ja, ja! ¿También sabes eso

)DALIN.—¡También! ¡Lo sé todo!
SITA.—¡Lo que nos reímos aquella noche!
)DALIN,—¡Lo que nos reímos!
SITA.—¿Tú?
)DALIN.—¡Yo, cuando me lo contó Juan
me hacía una madeja!
SITA.—¡Qué afición tuvo siempre a poner-
)pa que no era suya!
)DALIN.—¡Oh! ¡Siempre, siempre! ¡Y que
e curaba de ella!
SITA.—¡Ay. Dios mío!
)DALIN.—¡Ay, Dios mío!
SITA.—Anda, dame la carta.
)DALIN.—Te va a hacer llorar.
SITA.—No me importa. Ya también me he
).
)DALIN.—¡Ea! Pues tómala.
SITA.—¡Su letra! ¡Su letra!
)DALIN.—¡Claro, mujer! ¡No iba a ser la
!
SITA.—¿Se parecían las letras tanto como
tros?
)DALIN.—No; las letras, no. El escribía de-
o, y yo siempre escribo tendido. ¡Los ca-
eres!
ISITA.—Oye; está fechada en Irún.
ODALIN.—Sí, en el hotel de la estación; de
ta de París, tres días después de dejarte
ıtada.
ISITA.—¡Ay!
ODALIN.—Dios lo haya perdonado. Trae;
ı leeré yo, porque tú, tan sensible, vas a
ecer mucho leyéndola.

VISITA.—Bueno, sí; pero muy juntitos. 
yo la vaya viendo a la par.
RODALIN.—Como quieras. (*Se acerca m* *ella, y leen la carta al mismo tiempo.*) "Qu
dísimo hermano de mi corazón"..
VISITA.—¡Qué cariñoso era el pobrecito
RODALIN.—"Todo lo malo que haya he
hasta ahora lo acabo de hacer bueno. Soy
títere, una mala cabeza, un mamarracho".
conocía bien.
VISITA.—¡Se conocía! ¡Qué gracioso!
RODALIN.—Y ¡qué psicología más com
cada la de algunos seres!
VISITA.—¡Qué lo digas! Sigue leyendo,
gue. "Te escribo"...
RODALIN.—"Te escribo desde Irún, do
estoy comiendo unos chipirones riquísimo
VISITA.—¡Vaya psicología!
RODALIN.—"Y te escribo para decirte
he abandonado a mi mujer".
VISITA.—(*Apretándole un brazo.*) ¡Ah!
RODALIN.—Aprieta, aprieta; sé ponerm
tu situación. "Y para que veas todo lo pe
y contradictorio que soy"...
VISITA.—¿Dice pepino?
RODALIN.—¡Pepino, pepino! Y dice p
¡Escribía como hablaba! ¡Era la misma si
ridad! "Todo lo pepino y lo contradictorio
soy, entérate: la abandono porque la quiero
masiado".
VISITA.—¿Porque la quiero demasiado
RODALIN.—Míralo; así lo dice.
VISITA.—Las lágrimas me nublan los
RODALIN.—Porque la quiero demasiado

querido, ni nunca querré a ninguna mujer
no a ella".
VISITA.—(*Acongojada.*) ¡Ay, Señor! ¡Qué me
desde la otra vida llorar por su cariño!
RODALIN.—Te ve, te ve...
VISITA.—¿Crees tú que me ve? ¿Eres cre-
nte o laico?
RODALIN.—Mitad y mitad. Pero te ve. (*Con-
úa leyendo.*) "Por eso la abandono, sí; la
iero mucho, y me duele no poder hacerla di-
osa".
VISITA.—¡Oh!
RODALIN.—"Ella es la juventud, la fuerza,
salud, la fragancia"...
VISITA.—¡Ah!
RODALIN.—"Y yo, por mucho que me ado-
, no paso de ser dos perras gordas de mo-
na".
VISITA.—¡Pobrecito! ¡Qué injusto lo hacía
cariño!
RODALIN.—¿Con qué derecho usurpo yo ese
lamo?
VISITA.—¡Oh!
RODALIN.—"¿Con qué derecho tuerzo yo o
ajo el florecer de esa primavera?"
VISITA.—¡Qué bonito es eso! ¿Verdad?
RODALIN.—Precioso. "Además, y de otro *co-*
—¡cómo se ve que venía de Francia!—de otro
*té*, por triste que esto sea para mi *coté*, ella,
la necesariamente ha de pensar en otros hom-
res".
VISITA.—(*Tapándose el rostro con las ma-
os.*) ¡Ah!
RODALIN.—"Ya flota entre nosotros—quiero

confesártelo—la sombra de un peluquero de s
ñoras". (*Visita, al oír esto, se levanta de un s*
*to y pasea muy alborotada.*)

VISITA.—¡Oh!

RODALIN.—¿Qué?

VISITA.—¡Lo supo!

RODALIN.—¿Cómo?

VISITA.—¡Lo supo!

RODALIN.—¡*Mon Dieu!*

VISITA.—¡Lo supo! ¡lo supo!

RODALIN.—¡No, señora, no; no lo supo! ¡M
lo habría dicho a mí!

VISITA.—Sí, sí lo supo; siempre hay en
dias, malas lenguas... ¡Lo supo! ¡Claro! En P
rís estas cosas son la comidilla constante... "Q
si es *cocu,* que si no es *cocu,* que sí será *coc*
que si el padre es *cocu* y el cuñado es *cocu*
¡Oh! ¡Oh!

RODALIN.—Aquí decimos: "¡Cucú! ¡M
eres tú!"

VISITA.—Son frases que a la orilla del Se
no tienen importancia.

RODALIN.—¡Pero la empiezan a tener a
del Bidasoa!

VISITA.—¡Pobre mío! ¡Bien ajena estaba
a que se llevó a la tierra esa espina!

RODALIN.—¡Vaya espina, caramba!

VISITA.—¡Injustamente, te lo juro! A mí
peluquero de señoras me tuvo siempre sin cu
dado; me parecía un fantoche. ¿Tú me cree

RODALIN.—¿No he de creerte, encanto?

VISITA.—Si yo hubiese sido capaz de eng
ñar a tu hermano, ¿piensas que habría veni
nunca a buscarte? ¿Estaría yo aquí?

ODALIN.—Pues ¿y yo?
ISITA.—No, Juan José, no; no lo engañé ja-
s. Lo quise como se quiere a los diez y seis
s. Yo soy una mujer humilde, muy humil-
de origen humilde...
ODALIN.—(¡Van a salir las sardinas de un
nento a otro!)
ISITA.—¡Pero más honrada que humilde to-
ía! ¡Infames! ¡Calumniadores! ¡No sabré per-
arlos! Dame la carta. Acabaré de leerla a
solas, ya que el infeliz alude a estas mise-
. Me la comeré a besos; la llenaré de lágri-
s... ¡Y esto me decide!
ODALIN.—¿A qué?
ISITA.—¡Esto me decide!
ODALIN.—Pero ¿a qué?
ISITA.—A llevar adelante una idea que ven-
acariciando estas noches... desde el primer
que hablé contigo.
ODALIN.—(*Halagado.*) ¿Eh?
ISITA. —Nada, nada; resuelta. Estoy re-
lta.
ODALIN.—¿A qué estás resuelta, monada?
ISITA.—Oyeme. A ti te gustará.
ODALIN.—¿Cómo no, siendo cosa tuya?
ISITA.—(*Conmovida.*) ¿Dónde está enterra-
el pobrecito, en la Almudena?
ODALIN.—Sí, sí; en la Almudena. Por cier-
que la lápida está equivocada y dice Juan
é.
ISITA.—¡Qué importa!
ODALIN.—Un día con otro se me ha ido
ando el tiempo sin corregirla.
ISITA.—Pues escucha mi idea; como ya ha-

ce más de cinco años que murió, me voy a
var sus restos a San Sebastián.

RODALIN.—¿Qué restos?

VISITA.—¡Los de mi marido!

RODALIN.—¿Qué dices?

VISITA.—Lo que oyes; que esos restos q
ridos son míos; que me los llevo a San Sel
tián con los de mis padres. Tú darás los pa
conmigo; tú me ayudarás.

RODALIN.—No, vidita, no; no me pida
mí ese sacrificio. ¿Tú no calculas lo que yo
a impresionarme?

VISITA.—¿No he de calcularlo, tontín?

RODALIN.—¡Tú no me conoces bien to
vía! Si yo veo los restos de tu marido, no
lo que me pasa.

VISITA.—Pues los verás, los verás conm
Yo te convenceré. No vas a dejarme sola en
trance así.

RODALIN.—Pero, mujer, ¡si lo hizo migas
camión! ¿Qué vas a llevarte? ¡Considéralo!
que era tan poquita cosa!... Quedarán cuatro
llejitos, dos tibias, un zapato...

VISITA.—¡Lo que quede! ¡Sus restos qu
dos! ¡Me los llevo! ¡Sólo así me descargaré
esta acusación canallesca!

RODALIN.—¡Hip! ¡Hip! ¡Hip!

VISITA.—¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

RODALIN.—¡Un hipo nervioso ¡hip! que
entra cuando no me es posible llorar! ¡Déja
que te abrace! ¡Hip!

VISITA.—¡Con el alma y la vida! (*Se ab
zan. En este momento asoma Don Verano*

*ierta del foro, y desaparece como ratón que isto a un gato.)*

)DALIN.—¡Hip! Este cariño tuyo a mi hero... ¡hip! me remueve todo... ¡hip! ¡Y no o llorar!

SITA.—Pues en mí ha nacido esta tarde entimiento nuevo... un sentimiento que yo onocía: el sentimiento fraternal... ¡Me lo ha ertado tu abrazo!...

)DALIN.—¿Ah. sí?

SITA.—Voy a guardar muy bien guardadita carta y vuelvo enseguida. Hasta ahora, herito. (*Le da una palmadita en la mejilla y ntra por la puerta de la izquierda. La mi- que le dirige Rodalín es indescriptible.*)

)DALIN. — Esto se complica psicológicate. ¡Pero ya le daremos una vueltecita a la rnidad! (*Aparece Verbena por la puerta del con un ramo de flores lindísimo. Va hacia erecha, pero se detiene un punto con Roda-*

ERBENA.—Mire, señor; mire que flores más tas.

)DALIN.—¡Preciosas! ¡Pero tú me gustas que ellas, corazón! (*La abraza con toda ura, a tiempo que por la izquierda asoma Verano, que vuelve grupas otra vez y desece.*) ¡Ay, que te como!

ERBENA.—¡Oiga, oiga! (*Se va por la dere- entre enojada y contentilla.*)

)DALIN.—¡Oiga! (*Como llamando a Don Ve-.*) ¡Oiga! !Don Otoño! ¡Don Invierno! Me undo con las estaciones. ¡Oiga! (*Y vuelve Verano, con su sonrisa número* 1.)

DON VERANO.—¿En qué puedo servirl ñor?

RODALIN.—Quiero explicarle a usted. extrañe el arranque fogoso... Esa chica m cuerda mucho a una hija mía, que se me con un sinvergüenza... Ya sabe usted que tantos... ¿Volverá don Crisantemo por ¿Dónde está el teléfono?

DON VERANO.—¿El teléfono? (*Señalá desde el foro.*) En aquella puertecita lo usted.

RODALIN.—Muchas gracias. (*Se va hac izquierda.*)

DON VERANO.—¿Qué hombre es éste? mi pensión un hombre así?... Abraza a la da de Carbonell...; abraza a la criada... ¡C ¡Así me preguntaba por *Adán y Eva!* ¡H informarme..., he de informarme... Hay guardar las apariencias... ¿Qué menos?

VISITA.—¿Y el señor Rodal!n? ¿Se ha chado?

DON VERANO.—Está en el teléfono.

VISITA.—¡Ah, ya! ¡Qué gran persona e

DON VERANO.—¿Lo conoce usted mu

VISITA.—Mucho. De poco tiempo, pero cho. Es un santo varón.

DON VERANO.—(*Procurando armoniza que escucha con lo que piensa, cosa que tan fácil.*) Ya. (*Por la derecha sale Ulpiano las florecitas con que Verbena se ganó el zo de Rodalín.*)

ULPIANO.—¡Oh! ¡Visita! ¡Qué dichoso cuentro!

VISITA.—¡Ulpiano!

LPIANO.—Estas flores son para usted.
ISITA.—¿Para mí?
LPIANO.—Si usted las acepta, naturalmente.
ISITA.—¡Encantada!
LPIANO.—Las vi esta mañana, me agrada-
... y las encargué para ofrecérselas...
ISITA.—¡Ay, qué amable! Son encantado-
Ulpiano. (*Acercándose zalamera.*) Tiene us-
muy buen gusto...
LPIANO.—Entiendo algo de flores ...
ISITA.—(*Hundiendo el rostro en ellas.*) Y
é bien huelen! ¡Qué delicia! Yo, muchas ve-
como soy tan romántica, me pregunto: si
flores hablasen ¿qué dirían?
LPIANO.—Estas dirían, seguramente, que
nvidian a usted la boca. (*Don Verano nece-
un instante de recogimiento, para coordinar
ideas, y se va por la derecha del foro, sin
visto ni oído. Por obra del diablo, sin duda,
urrea entre dientes:*)

*Me pica un ala,*
*por tu salú...*

ISITA.—¡Ulpiano!
LPIANO.—Perdónele usted a un pobre via-
e de comercio que se las echa de poeta al-
a vez.
ISITA.—¡Oh! (*Y aparece en la puerta del
Rodalín, que adopta una posturita gracio-
nte aquella escena.*)
LPIANO.—(*Estupefacto al verlo.*) ¿Eh?
SITA.—¿Qué? ¡Ah! Juan José, acércate;
acá. Mira qué flores.
LPIANO.—(*Con asombro creciente.*) ¿Cómo?
ODALIN.—Muy bonitas son; no las huelo,

porque tengo perdido el olfato, pero son m
bonitas.

VISITA.—Regalo de este joven. ¿Se cono
ustedes?

ULPIANO.—No.

RODALIN.—No.

VISITA.—(*Presentándolos.*) El señor Ro
lín... El señor Fernández...

RODALIN.—(*Tendiéndole una mano que
otro no acepta.*) Al que conozco mucho es a
papá. ¡Pero mucho!

ULPIANO.—Yo, no.

VISITA.—¿No conoce usted a su padre?

ULPIANO.—¡Demasiado! Pero no quer
haberlo conocido nunca. Ya sabe usted, V
ta. cuánto me mortifica este recuerdo.

VISITA.—Sí, ya sé... Disculpe ...

ULPIANO.—Mi padre, señor Rodalín, es
ente más despreciable que ha nacido; el ser m
botarate y más ridículo que existe. Dígaselo
ted así, ya que es usted tan amigo suyo, de p
te de su hijo.

RODALIN.—Y ¿para qué le voy a decir yo
que él sabe de sobra? (*A Visita.*) No tiene us
idea, Visita, del mamarracho que es el pa
de este pollo.

VISITA.—Pues no hablemos más de él.
hijo, por lo visto sale a la madre.

ULPIANO.—¡Salgo a mi madre, sí!

VISITA.—¡Es la cruz de su padre!

ULPIANO.—Gracias, Visita. ¡La cruz, la cr

VISITA.—Voy a poner mis flores al sol,
la galería. (*Se marcha por la puerta del fo
sonriéndole a Ulpiano.*)

JO.—(*Yendo a su padre, fuera de sí.*)
esto? ¿Cómo ha salido usted de casa?
ha dado ese traje? ¿Cómo está usted
qué viene usted?
IN.—¡Ay, qué primo! ¡Porque me
mujer más que la crema de choco-

JO.—¿Qué habla usted? ¡Yo no sé lo

.IN.—¡Cómo te gusta a ti, panoli!
JO.—¿Usted que sabe de eso?
.IN.—Pues ¿hay más que verte? ¡Te
spas de celos los ojos!
JO..—¿Celos yo de usted?
.IN.—¡Celos tú de mí!
NO.—¡Si no mirara que es usted mi

.IN.—¡Che, che, che! ¡Aquí no hay pa-
jo; aquí no somos más que dos fla-
ue se disputan una chavala!
NO.—¡Como le diga usted a esa mu-
s usted mi padre, es el último día de

.IN.—¿Yo qué voy a decirle esa ton-
se cree que tengo tu edad? ¡Vamos,

NO.—(*Sintiendo que llega Visita.*) !Si-

.IN.—(*Canturreando para disimular.*)
"¡Me pica un ala,
por tu salú..."
*'isita sonriente y a cien leguas del vol-*
*ue está.*)

VISITA.—¿Y si tomáramos reunidos
za de té?

RODALIN.—¡Ole!

VISITA.—¿O una copa de Oporto y
telitos?

RODALIN.—¡Voto por los pasteles

ULPIANO.—Yo lo agradezco mucho
pero nunca meriendo. Hasta luego. (Y
*interior con cara de palo, sin mirar s
Rodalín.*)

VISITA.—(*Sorprendida.*) ¡Qué cosa
traña! Un chico tan galante... No me p
plicar...

RODALIN.—Pues es muy sencillo,

VISITA.—¿Tú crees?

RODALIN.—Le ha caído como un ve
contrarse aquí con un íntimo amigo d
dre, que lo va a desenmascarar. Es un
ta este niño. Su padre lo ha echado
casa no sé cuantas veces.

VISITA.—¿Qué me cuentas?

RODALIN.—Y él reniega del padre
tificarse a su modo. ¡Pero bueno es e
¡Magistrado del Supremo, nada más!
bre inflexible; con una espina dorsal d
to armado. No hay quien lo tuerza.

VISITA.—¡Vivir para ver! ¿Cómo h
le imaginarme?...

RODALIN.—Y, es claro, se encontró
nos a boca conmigo, cuando se dedica
rearte, y se desconcertó hasta el punt
meter una grosería. Los celos son mu
consejeros.

VISITA.—¿Los celos?

LIN.—¡Los celos!
.—Pero, ¿él ha podido suponer que
qué motivos tiene él...?
LIN.—¿No te corteja? ¿No te hace el

.—¡Ni por pienso! Me dice tonte-
e dice piropos... Ahora mismo, no sé
ne dijo de mi boca...
LIN.—¿De tu boca?
.—De mi boca, sí... Cosas de mucha-
mpre está buscándome la gracia...
LIN.—¿Sí, eh? ¡Pues que se limpie!
.—(*Perpleja.*) ¿Cómo?
LIN.—¡Comiendo, si tú quieres! ¡Ea!
! ¡Me traes como loco y no finjo más!
í, preciosa! (*Se abalanza a ella y la
y la besa cómicamente.*)
.—(*Rechazándolo con dureza.*) ¿Eh?
opello es éste? ¡Quite usted! ¡Suelte

LIN.—¡No me da la gana!
.—¡Suelte usted, le digo! ¿Qué se ha
de mí? ¿Así interpreta usted mi ca-
amabilidad? ¿Así juzga este sentimien-
rmana? ¡Esto sí que no podía espe-

LIN.—Pero óyeme, Visita.
.—¡A mí no tiene usted ya por qué
! ¡Quítese de mi vista ahora mismo!
ucho con Dios!
LIN.—¡Luz de mis ojos, hechicera!...
.—¡O se marcha usted sin hablar más
o los llamo a todos y sale usted por
!

RODALIN.—No, eso no; escándalos
ro. Y menos en la Pensión San Sere
mandas, y yo te obedezco. Me voy, m

VISITA.—¡Pues ya tarda en desapa

RODALIN.—Un instante.

VISITA.—¡Ni un segundo siquier
calle!

RODALIN.—Si es un pronóstico, p
rías. Antes de una semana dormirem
en la misma alcoba.

VISITA.—¡A la calle, digo!

RODALIN.—¡En la misma alcoba!

VISITA.—¡Fuera! ¡Fuera!

RODALIN.—No; dentro, dentro. ¡
una semana!

VISITA.—¡Oh! ¡Oh! Sepa usted,
asquerosa, que yo no sé qué suerte
Dios dispuesta, ni si volveré a casarm
o no; pero si hay un hombre con qu
he de casarme nunca...

RODALIN.—¿Ese hombre soy yo?

VISITA.—¡Usted!

RODALIN.—¡Ja, ja, ja!

VISITA.—¡Y decían que los dos
eran los dos polos! ¡Iguales! ¡Iguale

RODALIN.—¡Exactamente iguales!
*haciéndole zalemas.)*

VISITA.—(*Indignadísima.*) ¡Oh! ¡Oh

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

)epartamento semiprivado semipúblico en el piso alto de Cubana", café de barrio, servido por camareras. A la dea del actor, en segundo término, la escalera. A la izquierentrada a un cuarto de servicio. Al foro, ventana que da a atio. Dos otres mesas y varias sillas.
Es por la mañana, al día siguiente del acto anterior.

*Rodalín, sentado a una de las mesas, escribe a carta. Abajo se oye alegre algazara de genjoven.)*

RODALIN.—*¡Cuál gritan esos malditos!*
*Pero mal rayo me parta*
*si en concluyendo esta carta*
no pido dos huevos fritos.

(*Bostezando.*) ¡Aaaah! Cada día me abre más apetito el madrugar. (*De la habitación de la quierda sale Esperanza, arreglándose. Es la caarera más vistosa de "La Cubana", y andaluza nacimiento.)*

ESPERANZA.—¿Toavía estás dándole a la uma, Pepe Juan? Pero, ¿estás escribiendo una ovela?

RODALIN.—Ni más, ni menos. "Las mil y dos oches sin acostarme".

ESPERANZA.—¡Qué arrastrao, qué guasa enes siempre! ¿Cuándo sentarás la cabesa?

RODALIN.—Ahora mismo, si quieres (*Apoya la cabeza en el asiento de una silla.*) ¿ estás viendo?

ESPERANZA.—¡Ja, ja, ja! Er que no se contigo es de palo.

RODALIN.—Oye, ¿qué gente hay abajo q arma tanto ruido?

ESPERANZA.—Mucho ruío y pocas nues Cuatro copas de mata-ratas pa tós. Y son lo m nos una osena. ¡Más arate tienen los arm mías!

RODALIN.—¿Estudiantes?

ESPERANZA.—Sí, de los que no estudian.

RODALIN. — ¡Generación roñosa, raquíti ¡Todos con la barriga hacia dentro! ¡Los ho bres de mi generación tenemos la barriga h cia fuera! ¡Como debe ser!

ESPERANZA.—Y luego no te hablan más q de boseo y der *fubó*.

RODALIN.—¡Despreciables! Yo los odio m que un sombrerero.

ESPERANZA. — ¡Ja, ja, ja! (*Abrazándol* ¡Qué cosas se te ocurren, ladrón!

RODALIN.—De las cosas que a mí se me oc rren, tú no sabes la mitad de la mitad.

ESPERANZA.—(*Reparando en el sobre de carta.*) Pero dime, Pepiyo, ¿qué es esto? "Se juez de guardia". ¿Vas a suisidarte?

RODALIN.—¡Por las señas!...

ESPERANZA.—(*Riéndose.*) ¡Mala puñalá den! ¿Que vas a suicidarte?

RODALIN.—¡Si me dan una mala *puñalá* lo necesito!

ESPERANZA.—¡Ja, ja, ja! ¡Me esbarato co

rrastrao! (*Va hacia la derecha.*) Aquí tie-
marqués que esperabas. ¡Y con er gabán
istoria!
ALIN.—¿El de pieles?
ERANZA.—No; el otro: er der *Palas.*
ALIN.—Los dos tienen historia, no creas.
*a la escalera nuestro inolvidable don*
*, y desde ella pregunta:*)
XAVIER.—*¿La Hostería del Laurel?*
ALIN.—*La Cubana,* majadero.
XAVIER.—¿Está en casa un embustero?
ALIN.—¡Estoy hablando con él!
ERANZA.—¡Ja, ja, ja! Marqués, no lo de-
o, que va a tomá un veneno.
XAVIER.—¿Ha pedido coñac de la casa?
ERANZA.—¡Así te den a ti morsiyas ca-
(*Se marcha abajo.*)
ALIN.—*¡Siempre igual: necias mujeres!*

*¡Inventad otras caricias,*
*otro mundo, otras delicias,*
*o maldito sea el placer!*

, he amanecido romántico!
XAVIER.—¡Y yo también! ¿Será ham-
i?
ALIN. — Provisionalmente, vamos a
.
XAVIER.—(*Dejando el gabán en una si-*
Estará seguro aquí este gabán?
ALIN.—¡Hombre, más seguro que en el
arropa de donde lo cogiste, desde luego!
XAVIER.—¡También pregunto yo unas

ALIN.—Vamos a ver: dime de mis car-
as entregaste?

DON XAVIER.—No pude en propia
pero quedaron en su destino todas. Las c
la Pensión San Sereni las entregó Rebec
mujer. Yo no había de parecer por allá de
de mi fuga de anoche.

RODALIN.—¿Te llevaste algo?

DON XAVIER.—Poca cosa: un cuchar
plata y un parte-nueces que hacían falta
*moi*. ¡Me arrastra la vida dorada!

RODALIN.—Menos da una piedra. Oye,
hijo?

DON XAVIER.—Tu hijo estaba en la

RODALIN.—¿Y Visita?

DON XAVIER.—Estaba en el baño.

RODALIN.—¿Y doña Repanda?

DON XAVIER.—Estaba en la compra.
ra vas tú a decirme a mí qué tres misiv
de mañana han sido ésas. ¿Tres sablazos

RODALIN.—¡Don Xavier! ¿Con quién
que hablas?

DON XAVIER.—¿Y tú? Insisto: ¿tres
zos?

RODALIN.—Marqués de las Tapas de
na: ha llegado la hora grande de la ve
esas tres cartas son tres despedidas. A ti
he escrito ninguna porque tenía que verte.
*trándole el sobre de la del juez.*) ¡Mira!

DON XAVIER.—¿Señor juez de guardia
*gesto dramático.*) ¿Qué es esto, Pepe Juan

RODALIN.—(*Fríamente.*) Que me voy a
tiro en la cabeza.

DON XAVIER.—¡No!

RODALIN.—¡Sí! Que me voy a levan

tapa de los sesos. ¡Del sitio de los sesos, que diría mi hijo!

DON XAVIER.—Pero, ¿es de veras, Pepe Juan?

RODALIN.—No te aflijas mucho. ¿Quieres una copita de Chinchón para cobrar ánimos?

DON XAVIER.—Déjate de chuflas ahora.

RODALIN.—¡No la pienso pagar!

DON XAVIER.—¡Déjate de chuflas! ¿Qué significa todo esto, Pepillo?

RODALIN.—Escúchame en calma, don Xavier. Esto significa que yo soy un asco; que, por primera vez en la vida, me he dado asco. Ayer, cuando mi propio hijo, sangre de mis venas —bueno, y de las venas de su madre también— me volvió airadamente la espalda, sentí la náusea de mi podredumbre.

DON XAVIER.—(*Patético.*) ¡Sigue!

RODALIN.—Y cuando mi mujer, aquella angelical modistilla irunesa—*née* sardinera en San Sebastián—me llenó de insultos y me arrojó con violencia de la casa, yo me consideré del todo putrefacto.

DON XAVIER.—¡Sigue!

RODALIN.—Y razoné así, Tres Peces arriba: esta mujer y mi hijo se quieren, se atraen; desean unirse para su dicha; el estorbo soy yo. ¡Pues fuera el estorbo, y que sean felices! ¿No te parece un rasgo apocalíptico?

DON XAVIER.—No.

RODALIN.—¿No? Pues, ¿qué te parece?

DON XAVIER.—Un embolismo tuyo.

RODALIN.—¿Y si no lo fuera?

DON XAVIER.—Entonces sería una primada nada más.

RODALIN.—Pues chico, ya que me hablas tan claro, voy a abrirte mi corazón de par en par. No todo es farsa en la farsa. Yo, náufrago de la vida, he querido todavía pulsar lo que mi vida vale. Que mi mujer, ante la determinación de mi suicidio, me busca ansiosa, con angustia y con lágrimas, porque me quiere: no me mato.

DON XAVIER.—Bien.

RODALIN.—Que mi hijo, por milagros del remordimiento, al recibir la noticia funesta, se ve acometido del cariño filial que no sintió nunca...

DON XAVIER.—No te matas.

RODALIN.—No me mato. Pero si los dos leen esas tristes cartas con indiferencia o con desdén, y se encogen de hombros, o se ponen a bailar un *schotis*—todo está en lo posible—, entonces, ¡ah!, entonces...

DON XAVIER.—No te matas tampoco.

RODALIN.—¡Tampoco! ¡Entonces, mucho menos!

DON XAVIER.—¡Chócala!

RODALIN.—¡Porque serían ellos los putrefactos! ¡Los que me darían asco a mí! ¡A dónde iríamos a parar!

DON XAVIER.—¡Claro, hombre, claro! ¡Ya se me figuraba a mí mucho romanticismo! ¿De manera que no te matas en ningún caso? ¿Qué te has propuesto, pues?

RODALIN.—Darles un sustillo, por de pronto, para ir amasando el perdón...; pulsar en qué grado me quiere Visita, cuando se entere de que

el muerto es mi hermano... y no yo. ¿Tú te crees que yo renuncio a dos fondas así como así?

DON XAVIER.—¡Silencio!

RODALIN.—¿Por qué?

DON XAVIER.—¿No oyes abajo la voz de doña Repanda?

RODALIN.—¡Sí!... ¡Es verdad! ¡Es ella! ¡Pobre doña Repanda! ¡Se lo ha creído! ¡Me busca! ¡Me quiere! ¡La patrona me quiere! ¡No me mato!

DON XAVIER.—¡Pues escucha!

RODALIN.—¿Qué?

DON XAVIER.—¡Que no viene sola! ¡Viene con tu mujer, con Visita!

RODALIN.—¿Con Visita? ¿Con mi mujer? ¡Bendita sea ella! ¿Ves cómo he hecho bien en pulsar?... ¡Me quiere! ¡Me quiere! ¡También me quiere!... ¡También se lo ha creído! ¡Tenemos dos fondas! ¡No me mato!

DON XAVIER.—¡Suben!

RODALIN.—¿Que suben?

DON XAVIER.—¡Suben! ¡Suben!

RODALIN.—¡Ah! ¡Pues es muy pronto para el primer encuentro! ¡Hay que sostener la situación! ¡Diles que me he marchado no sabes dónde! ¡Sí! ¡A ver las obras del Viaducto! (*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

DON XAVIER.—¡Pero este hombre es loco! ¿Cómo me encaro yo con Visita, después de mi fuga de la Pensión? ¿Es que un cucharón es un grano de anís? ¡Con lo que allí se habrá comentado!... (*A Esperanza, que llega de abajo en este momento.*) Esperanza, ¿esas dos señoras...?

ESPERANZA.—Vienen preguntando por é...

DON XAVIER.—Pues diles que estuvo y se marchó..., que iba muy preocupado y muy triste... ¡Lo primero que se te ocurra! ¡Díselo todo, menos que nos hemos escondido ahí dentro. (*Vase con Rodalín.*)

ESPERANZA.—¡Vaya una coyera de piyos! ¿Qué traerán entre manos ahora? (*A Visita y a doña Repanda, que aparecen cariacontecidas.*) Ya me malisiaba yo que no estaba aquí.

VISITA.—¿No está?

D.ª REPANDA.—¿No está?

ESPERANZA.—Estuvo y se ha marchao, por lo visto.

VISITA.—¡Ay, Dios mío de mi vida!

D.ª REPANDA.—¿Y usted no sabe, poco más o menos...?

ESPERANZA.—¡Cuarquiera averigua, señora! ¡Así que ér para en ninguna parte!

VISITA.—¡Santo Cristo de la Misericordia!

D.ª REPANDA.—Pero, ¿usted ha observado en él algo extraño?

ESPERANZA.—Yo no lo vi más que un instante, cuando entré de servicio.

VISITA.—¿Quiere usted preguntarle a alguna compañera?

ESPERANZA.—Es verdá, sí; a la Carola, que es argo suyo.

VISITA.—¿Algo suyo? ¿Dónde está esa Carola?

ESPERANZA.—Abajo; voy a vé qué me dise.

D.ª REPANDA.—¡Sí, vaya usted, por Dios!

ESPERANZA.—Eya me dirá lo que sepa. (*Se*

*ı conteniendo la risa.)* ¡Más líos tienen en-
dos que una casa e préstamos!
ɪEPANDA.—¿Y en la carta de usted tam-
e le despide hasta el otro mundo?
TA.—Sí, señora; ¡por eso he volado yo a
sión de usted! ¡Me dice unas cosas tan
..
ɪEPANDA.—Pues mi carta, ya usted la ha
parte el alma, señora. ¡Pobrecito él!
TA.—A mí es que no me cabe en la ca-
¿Cómo no he conocido yo...? ¡Si es im-
:! ¿Me engaña ahora o me engañó antes?
ɪEPANDA.—Pero, ¿usted cree que esto de
a matarse puede ser un engaño?
TA.—¡Qué sé yo!
ɪEPANDA.—¿Usted no es su cuñada?
TA.—¡Qué sé yo!
ɪEPANDA.—¿Usted lo conocía antes?
TA.—¡Qué sé yo! ¿No le digo a usted que
ıra perder la cabeza? ¿Ha llamado usted
ɔmisaría, verdad?
ɪEPANDA.—¡A la Comisaría, y al Juzga-
Guardia, y a la Dirección de Seguridad, y
ro Casas de Socorro, y a la Unión Radio!
TA.—¿Y en ninguna parte saben de él?
REPANDA.—¡En ninguna! ¡Pobrecito!
ástima de hombre! ¡Tan bueno, tan em-
o, tan gracioso!... Yo, señora, tengo por
debilidad particular...
TA.—¿Usted también?
REPANDA.—¡También! ¡No me aver-
ı confesarlo! Es un trueno, es un loco, una
ɔerdida, un informal, un sinvergüenza, si

me apura usted mucho...; ¡pero todo el m
lo quiere!

VISITA.—¡Todo el mundo, sí!

D.ª REPANDA.—¡Y eso es lo que más in
a su hijo!

VISITA.—¿A su hijo? ¿Conoce usted
hijo?

D.ª REPANDA.—¡Vaya si lo conozco!

VISITA.—Y ¿de veras es hijo suyo?

D.ª REPANDA.—¿Mío? ¡No!

VISITA.—¡Digo de él, señora!

D.ª REPANDA.—¡De él, puede jurarse
mandaría, si no, la pensión que le manda
vive por la caridad de su hijo! Yo sé un
de esto. Muchacho más bueno, más cump
más seriecito..., más digno de suerte...

VISITA.—¡Jesús, Jesús, Jesús!

D.ª REPANDA.—Pero el Rodalín no
arreglo.

VISITA.—No lo tiene; ya veo que no l
ne. Será como es hasta que se mate o hast
lo maten.

D.ª REPANDA.—Sí, señora. ¡A mí me h
cho una de trastadas!... La última..., si ll
ser la última...

VISITA.—¡No lo permita Dios! ¡Ay! ¡M
beza es un torbellino!

D.ª REPANDA.—¿Querrá usted creer qu
ha puesto, para suicidarse, un traje nuev
huésped más elegante que tengo en mi
¿No es para reírse, si no fuera para llora
es claro: ¡el huésped se me ha despedido
esto me arruina, señor, me arruina! ¡Pues
embargo, todavía lo perdono! Y es que mi

ento hacia él... pasa un poquitín de amis-
.. ¿Usted se hace cargo?
ISITA.—¿Eh?
.ª REPANDA.—Una ...no es que una se en-
e..., pero me parece que aún estoy de buen
..; y como él tiene esos ojillos tan travie-
y esa labia tan especial..., tan persuasiva...
ISITA.—¡Vaya, vaya!...
.ª REPANDA.—Si se viniera al buen cami-
. ¿Me comprende usted?...
ISITA.—¡Ya lo creo!
.ª REPANDA.—¡Porque él tampoco es una
tura!... ¡Va estando para sopitas y buen
! Y cuidado por mí...
ISITA.—¿Y usted se considera sopitas o
n vino?
.ª REPANDA.—Yo me considero muy capaz
hacerlo dichoso. ¡Ay, Señor, que no se haya
ado!
ISITA.—Eso: ¡que no se haya matado, que
e todos nos encargaremos de su felicidad!
nalla!
.ª REPANDA.—¿Canalla? ¡Pobrecito! Pero,
sa chica, qué hace que no sube? Voy a ente-
ne yo; no tengo paciencia... Usted, natural-
te, está más serena..., más tranquila... Al fin
cabo..., una cuñada...; pero yo..., yo... ¡Va-
usted a saber todavía!... Espéreme aquí. (*Va-*
*la planta baja.*)
ISITA.—(*Dando rienda suelta a su confu-*
*y a sus nervios.*) ¿Qué dice esta mujer?
toy yo soñando, madre mía? ¿Ese hombre
ni marido o no es mi marido? ¿Lo quiero yo
me importa ni un pimiento? ¿Se ha suici-

dado o no se ha suicidado? ¿Cuál es la ve
y cuál es la mentira? ¡Con el infierno no me
estas horas! (*Vuelve Esperanza.*)

ESPERANZA.—La Carola le ha dicho a l
ñora que venía con usté que quisá encuen
ese señó en er *Cormao de la Rubia,* que est
tres cayes más arriba. Y esa señora me h
cho a mí que usté no se marche; que eya
drá enseguía con lo que haya.

VISITA.—Bien.

ESPERANZA.—¿Quiere la señora que y
sirva arguna cosa?

VISITA.—Ahora, no. Estoy nerviosísim
acaso, luego.

ESPERANZA.—No se apure usté por ese
bre, que no se mata.

VISITA.—¿Usted cree?

ESPERANZA.—¡No se mata! Le tiene m
apego ar peyejo. ¡Y se ríe de to en este mu
Cuando le he contao a la Carola er susto d
tedes, ha sortao una carcajá que toavía se
oyendo. ¡No se mata, no! (*Entrase por la p*
*ta de la izquierda*).

VISITA.—¡Con qué seguridad lo afirma
mujer! ¡Si yo estuviese tan segura, le llam
pendón ahora mismo! (*La sorprende la pr*
*cia de Ulpiano, que inopinadamente llega*
*la derecha*).

ULPIANO.—¡Visita!

VISITA.—¡Ulpiano!

ULPIANO.—¿Qué hace usted aquí? Un
go me ha dicho que la ha visto entrar, y
subido, buscándola. ¿Qué hace usted aquí

ISITA.—¡Ay, Ulpiano! (*Le coge las manos emoción*). ¡Ay, Ulpiano!
LPIANO.—¿Qué le sucede a usted, criatu-

ISITA. — ¡Ay, Ulpiano! ¿Usted no sabe la edad?
LPIANO.—¿Qué novedad?
ISITA.—¿No ha recibido usted hoy ningu- carta?
LPIANO.—¿Hoy? No. Digo, sí: he recibido ; pero del tipo ése que estaba ayer tarde usted.
ISITA.—Y ¿qué le dice en ella? ¿Qué le ?
LPIANO. — Convinimos anoche, amiga, en volver a hablar nunca usted y yo de seme- te tipo.
ISITA.—¡Ay! Pues quizá tengamos que ha- ..., y mucho.
LPIANO.—¿Por qué?
ISITA.—¡Porque yo he recibido otra carta ible!
LPIANO.—¿Terrible? ¡Si es como la mía!... le aseguro a usted que en la mía hasta las ias son embustes.
ISITA.—¿Le dice a usted quizá que va a idarse?
LPIANO. — ¡Entre otras cosas pintorescas!
ISITA.—Y ¿usted no lo cree?
LPIANO.—¿Qué he de creerlo yo?
ISITA.—Las camareras de aquí parece que lo creen tampoco.
LPIANO.—¡Ni lo cree nadie que lo conozca o! (*Sus ojos reparan casualmente en el famo-*

*so gabán que se llevó del "Palace" don Xa*
*y se acerca a reconocerlo).*

VISITA.—¿Qué le choca a usted?

ULPIANO.—Nada, nada. Mire usted, Vis
es tan enredador y tan lioso ese hombre,
tarambana, que sin duda con la idea de
jarme de usted, se permite decirme en la c
esta enormidad.

VISITA.—¿Qué enormidad, Ulpiano?

ULPIANO.—¡Oh! ¡No repara en barras!

VISITA.—¿Qué enormidad le dice? ¿Se a
ve quizás a ofenderme? ¿Qué le dice?

ULPIANO.—¡Que es usted su mujer! ¡N
más que eso! (*Ella lo mira de arriba a ab*
*desconcertada. El se desconcierta asimismo*)
¿Qué?

VISITA.—¿Conoce usted a ese hombre h
mucho tiempo?

ULPIANO.—¡Desde que nací!

VISITA.—¿Y se llama José Juan Rodalí
Peralto?

ULPIANO.—Así se llama; sí, señora.

VISITA.—¿No está usted confundido? ¿No
Juan José un hermano suyo?

ULPIANO.—¡Qué más quisiera él! Juan
sé fué una gran persona. Murió trágicamen

VISITA.—¡Ay, Ulpiano!

ULPIANO.—¿Qué, Visita, qué?

VISITA.—Que yo soy la mujer de José Ju

ULPIANO.—¡No!

VISITA.—Sí.

ULPIANO.—Pero, ¿eso es posible? ¿Des
cuándo?

VISITA.—Siete años hace ya.

.PIANO.—¡Maldita sea su estampa! ¡Pri-
ı vez que debía mentir, y primera vez que
la verdad el muy sinvergüenza!
SITA.—¡Por Dios, Ulpiano!
.PIANO. — ¡Digo poco, Visita, digo poco!
¿cómo, si es usted su mujer, es usted tam-
la viuda de Carbonell, Visita?
SITA.—¡Porque él fingió su muerte, apro-
ándose de la de su hermano!...
.PIANO.—¡Cuando le digo a usted que di-
ɔco!
SITA.—¡Y yo, creyéndome viuda, me vol-
casar!
.PIANO. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Debería estar en
dio!
SITA. — ¡Ahora mismo se hacía pasar a
ɔjos por Juan José!
.PIANO.—¡Es macabro! ¡macabro! ¡Mere-
horca! ¡Criminal! ¡Sinvergüenza! ¡Es una
riz venenosa! ¡Es un miasma de alcantari-

SITA.—Ulpiano, el lenguaje de usted me
arda, me sobrecoge, me hace dudar de al-
ue en su misma carta me declara, y que
ıe he resistido a creer: ¿es usted hijo su-

.PIANO.—¿Cuántas veces no le he dicho a
l que no quería acordarme de mi padre?
ıía o no razón? No hablemos más de él.
SITA. — No hablemos. (*Pausa. Visita está*
*ula y asombrada; para pedir tila con aza-*
*Ulpiano pasea gesticulando, excitadísimo;*
*pedir una escopeta. Esperanza sale del*

*cuarto de servicio, como si no hubiera oído da).*

ESPERANZA.—¡Qué cayaítos! ¿Sirvo arg los señores?

ULPIANO.—Luego.

VISITA.—Luego.

ESPERANZA.—Cuando gusten los señore

ULPIANO.—(*Que a pesar de todo es con ciante*). Oiga usted, niña: ¿de quién es abrigo, sabe usted?

ESPERANZA. — ¿Este abrigo? (*Se oye silbido que alguien no ha podido evitar*). ¡ sí! De un señó que está abajo. Un cliente d casa, mu bueno.

ULPIANO.—¡Es enteramente igual a uno me robaron a mí en el *Palace!*

ESPERANZA.—Sí: estos gabanes creo vienen en series. (*Y se va, para cortar el p groso interrogatorio*).

ULPIANO.—¿Con que en series, eh? (*Nu pausa*). Visita, comprendo la turbación de conciencia, por la turbación de la mía. Ni ted ni yo hemos de resolver en este lugar sa ninguna; pero estoy cierto de que los dos bremos cumplir con nuestro deber.

VISITA.—(*Estrechándole las manos de n vo*). ¡Ulpiano!

ULPIANO. — Aunque nos cueste lágrin Váyase usted a la Pensión, y aguarde allí noticias que yo le lleve.

VISITA. — Gracias, amigo mío. ¿Usted que no se ha matado?

ULPIANO.—¡No se ha matado! ¡Se lo po

! ¡Nos matará a todos antes que matarse
No lo dude usted un segundo!
SITA.—Gracias; otra vez gracias. (*Tornan
recharse las manos, con gran emoción, y
se va enjugándose los ojos*).
PIANO.—Desde niño llevo sobre mis hom-
como una cruz, la obligación que mi ma-
ne impuso; pero jamás me ha pesado tan-
mo en este trance. En fin, paciencia. (*Se
a de nuevo al gabán y lo examina con de-
niento*). ¡Vaya si es el mío! A ver aquí...
o! ¡La señalita que les hago a todas mis
das! (*Se lo pone tranquilamente; saca de
de los bosillos un periódico sucio y unos
tes viejos, y los deja caer sobre la silla con
tarjeta suya, en que escribe una frase y a
ue dobla un pico. Después se va sin decir
bra. Cuando desaparecen salen de su es-
ite Rodalín y su amigo*).
ON XAVIER. — (*Indignadísimo*). ¡Se lleva
abán!
ODALIN.—¡El suyo, tú!
ON XAVIER.—¿Grito "¡ladrones!"?
ODALIN. — ¡Si quieres que te prendan!...
ON XAVIER.—¡Y además la chacota! Re-
. ¡Me ha dejado una tarjetita con un pico
ado!
ODALIN.—¡Muy correcto que es él!
ON XAVIER. — ¿Qué ha escrito en ella?
). "Sentido pésame".
ODALIN. — ¡Valiente niño! ¿Tú has visto
niño como ése? ¿Tú has oído las cosas que
stado diciendo del autor de sus días? Por su-
sto, la última frase no se la perdono.

DON XAVIER.—¿Cuál?

RODALIN. — Ni la última ni la penúlti "lombriz venenosa" y "miasma de alcantari ¡Esas dos me las paga!

DON XAVIER.—En cambio, tu mujer...

RODALIN.—¡También tiene un gatito en barriga!

DON XAVIER.—Es cierto, sí...

RODALIN.—Palabras sinceras de amor y dolor aquí no ha habido más que las de la trona. No hay que ofuscarse, don Xavier. I como yo he engañado a Visita, ella tiene ra para maldecirme; ahora, que como además también dueña de dos fondas...

DON XAVIER.—¡Ay de mi Alhama!

RODALIN.—¡Cá, hombre, cá! ¡Nada de piros! ¡Mi mujer es mi mujer y yo no la s to!

DON XAVIER.—¡No; si este suspiro del ro era por el gabán!

RODALIN.—¡Bah! ¿Quién se ocupa de n rías en estos momentos? ¡Mientras haya en mundo guardarropas!... (*Vuelve nuevame Esperanza algo soliviantada*).

ESPERANZA. — Oye, galán. Er señorito se ha llevao tu abrigo. Y yo no me he deter nao a detenerlo.

DON XAVIER.—Has hecho bien, aunque lo lamente.

ESPERANZA. — ¡Tiene una cara de pol fino, que para a cuarquiera!

DON XAVIER. — Te repito que has he bien.

ESPERANZA.—¿Y tú, arrastrao, qué te

ıesto con lo de tu suisidio? ¡Chico terre-
has armao!
DALIN. —¡Desengaños del mundo, Espe-
lla! ¡Y de las mujeres! ¡Sobre todo de las
res!
PERANZA.—¿De las mujeres? ¡Valiente
hases tú de ninguna!
DALIN.—¿Que no? ¡Ea! ¡Pues si tú me
es todavía, no me mato!
PERANZA.—(*Al otro.*) ¿Tú oyes esto, mar-
' ¿Será trapisondista?
DALIN.—Ven aquí, gloria de *La Cubana;*
'Café con leche", ven aquí.
PERANZA.—¡Ja, ja, ja!
DALIN. — Consuélame, que he estado al
e de la tumba. (*La abraza*).
PERANZA.—¡Ja, ja, ja!
DALIN.—¿Me perdonas que te empeñara
los pendientes y que te vendiera la pape-

PERANZA.—¡No me hables más de aque-
pendientes, José Juan! ¡Aqueyos pendien-
ran dos ópalos y tenían mala pata, ya lo
!
DALIN.—¡Ja, ja, ja! (*Llega en este punto*
*a, que dejó olvidado su bolso. Ante la es-*
*que sorprende, se crispa de vergüenza y*
*abia, y grita así, dirigiéndose a Rodalín:*)
SITA.—¡Canalla!
DALIN.—¿Eh?
SITA.—¡Hay olvidos providenciales!
DALIN.—¡Oh!
N XAVIER.—¡Uh!
PERANZA.—¡Agua! (*Don Xavier se escu-*

*rre por la derecha, llevándose sus guant*
*su periódico, y Esperanza se entra en el cu*
*de servicio, para estar a la mira de lo que*
*cede. Visita y Rodalín se miran, ella como*
*y él como reo. Al cabo ella le pregunta irón*
*mente:)*

VISITA.—¿Te despedías de las personas
ridas, eh?

RODALIN.—¡Me estaba aturdiendo, para
vidar!

VISITA.—¡Canalla! ¡Canalla! ¿Con que
mi marido y no mi cuñado, farsante?

RODALIN.—¡Ha sido un truco para apre
de veras cómo me quería mi mujer!

VISITA.—¿Le llamas truco a una supla
ción de persona? ¡Bandido! ¡Yo no soy tu
jer! ¡Te aborrezco! ¡Te odio!

RODALIN.—¡Entonces la farsante eres

VISITA.—¿Yo?

RODALIN. — ¡Tú, que me has estado e
ñando arteramente; fingiéndome un amo
muerto como para resucitarlo! ¡Y ahora ve
verdad: prefieres que yo sea tu cuñado y
tu marido esté bajo tierra! ¡No hay como m
se para oír a una viuda alabar a un marid

VISITA. — ¡Y no hay como vivir para
cuanta corrupción cabe en un miasma de
cantarilla!

RODALIN. — (*En actitud heróica*). ¡Esa
se!

VISITA.—¡Esta frase la he aprendido del
jo tuyo, a cuya madre abandonaste como a
lombriz venenosa!

)ALIN.—¡Cambia de vocabulario, o va a
aquí más que palabras!

ITA.—¡Claro que va a haber más que pa-
! ¿O es que te figuras que se puede pasar
ólo palabras por el abandono de siete
por el perjurio, por la traición, por la in-
farsa de estos días?

)ALIN. — ¿Luego confiesas que eres mi
?

ITA.—(*Despojándose, para mayor desem-
o, del sombrero, los guantes y el abrigo*).
ralmente que soy tu mujer! Pues ¿por
e quiero sacar los ojos?

DALIN. — ¡Fíese usted de los piropos de
umba!

ITA. — ¡Soy tu mujer! ¡Soy tu legítima
r! ¡Te lo juré en el Buen Pastor, y yo no
a mis juramentos!

DALIN.—¡Ole!

SITA. — ¡Pero estoy muy lejos de ser ya
la costurera bobalicona a quien embau-
! ¡Ni mucho menos la inocente hija de la
nera de San Sebastián!

DALIN. — ¡Deja ahora las sardinas, por
, que se repiten mucho!

SITA. — ¡Soy la nieta única del temible
rillero carlista Melchor Azpilicueta, que
ó a su padre! ¡Le llamaban el *Tigre Ne-*
¿Lo oyes? ¡Pues su única nieta soy yo!

)DALIN. — (*Asustado*). (¡Ahora, ahora es
do se lleva mis restos!).

SITA.—(*Echándose furiosa sobre él y dán-
una verdadera paliza de bofetadas, pelliz-*

*cos y empellones*). ¡Esta es tu mujer! ¡Tu
jer! ¡Toma, sinvergüenza! ¡Asqueroso!

RODALIN.—¡Ay!

VISITA.—¡Trapalón! ¡Embustero! ¡Ase

RODALIN. — (¡Pero que se los lleva!)
ay!

VISITA.—¡Esta es tu mujer! ¡Tu mujer!
mujer!

RODALIN.—¡Muchísimo gusto en conoc

VISITA.—¿No te advertí que íbamos a
más que palabras?

RODALIN.—¡Claro! ¡Como no nos veí
hace siete años! ¡Me has dado un palizón
te nota el baño de París!

VISITA.—¿Sí, verdad? (*Se sienta rend*

RODALIN. — ¿Te has cansado mucho?
empeñaste en cobrar todos los atrasos!
siempre se aprende algo en estos choques
empiezo a creer en el feminismo. (*Esta fra
su pesar, le hace gracia a ella, aunque pro
disimularlo*). Todas las mujeres llevan
hombre dentro: lo den o no lo den a luz.

VISITA.—(*Esforzándose para no reír*).
esta mujer, con hombre o sin hombre, te
llevar a tí a la cárcel.

RODALIN.—¿A mí? ¿A la cárcel? ¿Tú?

VISITA.—Yo, sí, yo. ¡A la cárcel!

RODALIN.—Bueno, si te empeñas... C
irás alguna vez a verme, cantaremos *La R
Mora*. (*Empieza a entonar el famoso dúo*)

¡"Ay, gitana,
paso la pena tirana!"...

VISITA.—Si te piensas que puedo toma
burla o a risa mi situación en este mome

ivocas. He cometido un crimen por culpa

)ALIN.—¿Qué crimen?
ITA.—¡El de casarme con otro hombre
lo casada.
)ALIN.—¡En todo caso, el crimen fué el
Tú te creías viuda! ¡Hasta me guardaste
os años!
ITA.—¡Si mi abuelo el *Tigre* levantara la
ı!...
)ALIN. — (*Con burlona ternura*). Oye,
ιué no dejas en paz al abuelito? ¡Qué ma-
ɛnes de remover difuntos!
ITA.—Pues ¿y mi madre? ¡Pobre mujer!
tas veces me anunció en vida que iba a
sgraciada contigo! ¡Mi madre te odiaba!
)ALIN.—Sí; ya pude apreciarlo, no pien-

ITA.—¡Pero cómo te odiaba!
)ALIN.—¡Y me querías llevar a su sepul-
¡Qué ideíta!
ITA.—(*Conmoviéndose*). Porque la muer-
iguala a todos... y no hay mala pasión
sista a ella. (*Se echa a llorar*).
)ALIN.—No llores, por Dios, que eso sí
e mata.
ITA.—¡No te acerques a mí!
)ALIN.—¡No quiero ver empañados tus
ιue son dos faroles de aumento! ¡Perdó-
Confiésame ya de una vez que, a pesar
o, te has alegrado al fin de que tu marido
ivito y coleando. ¡Si esto lo ha hecho la
ɛncia para que yo remedie mis culpas!
tienes que celebrarlo, como buena cris-

tiana que eres, ¿Cuál era tu última ilusi
este viaje: llevarte mis restos, verdad?
en lugar de llevarte los de un muerto...
vas los de un vivo!

VISITA.—¡Los de un vivo, sí!

RODALIN.—¡A Dios gracias, chica! ¿N
prefieres? ¡Aunque sean los restos! ¡Que
otra cosa lo que te llevas! He perdido pe
perdido fuerzas, he perdido vista, he p
dientes, he perdido voz!... ¡Cuando te dig
lo que te llevas son mis restos! Pero resto
do... ¡todavía te darán algún buen ratill

VISITA.—¡Buen ratillo!... ¡Tú!

RODALIN.—¡No es la primera vez qu
mujer se hace un traje precioso con los
de una pieza de tela!

VISITA.—(*Sonriéndole con secreto con
miento*). ¡Granuja!

RODALIN.—Pero ¿no te hice gracia si
también por granuja?

VISITA. — Y ¿tú crees que los tiemp
cambian?

RODALIN.—Algunos, no. ¡Ni falta que

VISITA.—¿Ni cómo puedo fiar ya nun
tí, después de estas trapacerías, que pas
ser pilladas a ser maldades?

RODALIN.—¡Pero ésas se acabaron! ¿
habían de conducirme ya? Escucha en
mi plan de vida. (*Rodilla en tierra, parc
don Juan Tenorio ante el Comendador*):

Yo seré un esclavo tuyo,
en *tus fondas* viviré;
*tú gobernarás "tu" hacienda*
*diciéndome: "esto ha de ser"*;

*y cuando estime tu juicio*
que mis pecados purgué...
visitaremos, del brazo,
a tumba de Carbonell.
*la vuelve la espalda para que no la vea
e*). Mira, nena: no deben aguantarse ni la
ni los estornudos.
SITA.—No seas payaso y levántate ya.
DALIN.—De aquí no me levanto hasta que
erdones.
SITA.—(*Mirándolo entre compasiva y ri-
a*). ¡Levántate ya, mamarracho!
DALIN.—¡Ole!
SITA.—Pero ¿qué me habrá dado a mí es-
iasma de...?
DALIN.—(*Tapándole la boca*). ¡Cuidado
el vocabulario!
SITA.—¿Cuidado, eh? ¡Vas a sudar tinta!
tinta de los calamares que te comiste en la
a de Irún!
DALIN. — ¡A tu lado, pimpollo bonito,
ue sude sangre! (*Cruza Esperanza, y se
ne un instante para decirle a ella*:)
PERANZA. — ¿Usté ha visto cómo no se
ba este hombre?
SITA.—¡Porque prefiere que lo mate yo!
PERANZA.—¡Tampoco lo creo! (*Vase*).
SITA. — ¡Ay!... Esta vida es una batalla
e los buenos y los pillos.
DALIN.—En la que los pillos llevamos las
anar. Véase la clase.
SITA.—Sí; pero los buenos dormimos más
quilos.
DALIN.—¡Eso será si te dejo yo!

VISITA.—¿Tú?

RODALIN.—¡Yo! (*Abrazándola y besán* *muy contento*). ¡Soy tu marido! ¡Soy tu m do!

VISITA. — ¿Sí, eh? ¡Pues yo soy tu mu ¡Y acabas de ver cómo las gasto! (*Sale don vier del cuarto de la izquierda embozándos una capita que, naturalmente, no es suya, larga a la calle*).

DON XAVIER.—Mientras haya en el mu guardarrópas...

RODALIN.—Con ese pícaro que se va.. fué mi vida picaresca. Ya eso pasó a la H ria. Ahora no somos más que tú mi mujerci y yo tu maridito. Tú mi costilla... y y Adán. (*La abraza de nuevo tiernamente y se le abandona, vencida del todo*).

FIN DE LA COMEDIA



# NUEVOS VALORES

## con EMILIO LEMBERG

Entre los compositores actuales figura el joven maestro EMILIO LEMBERG. Compositor en donde la técnica musical combinada con su inspiración, popular y elegante a la vez, dá lugar a bellas y melódicas páginas musicales, dignas de figurar entre las de los compositores actuales que enriquecen con su producción el teatro lírico español.

Cuando llego a su casa, una simpática doncella, me nduce al cuarto de estudio del maestro, que me recibe afamente y con brevedad me expone su labor musical.—"Tengo minada—me dice—dos suites de danzas andaluzas, algunas las cuales ya han sido estrenadas por la magnífica bailarina alagueña, mi paisana, Lolita Gallego. En este momento estoy minando la instrumentación de la partitura de "EL MOLIJCO", comedia lírica en dos actos de Don Antonio Paso y on Manuel Soriano Torres, que en un plazo próximo será trenada en Santander, ya que se trata de una obra de costumes montañesas, por la grandiosa Compañía Lírica que acaullan Matilde Vázquez y Pedro Terol, y en la que además guran elementos tan valiosos como Consuelo Obregón, Elio uzmán, Adelaida Torrente y Arturo Lledó, entre otros. Tengo s mayores esperanzas en la partitura de esta obra, hecha con mayor entusiasmo, y en la que he procurado recoger las sencias populares de la región donde se desarrolla la comeia, elevándola con una técnica adecuada a un lirismo teatral.

En cuanto al libro, son suficientes para alcanzar el éxito prestigiosos nombres de los autores.

Después—continúa diciendo el maestro—comenzaré a sicar, entre otras cosas, un poema lírico de Don Serafi Joaquín Alvarez Quintero, titulado "SIN TESTIGO escrito expresamente por los hermanos para Matilde Vázq y al que aún no he dado término por querer dedicar al mo toda la atención que merece composición de tan ilust antores; una zarzuela castellana de Conrado Blanco, y otra José Ramos Martín. También preparo dos poemas sinfónic

Acompañado del notabilísimo pianista Julián Pereda, nuevo valor musical que se encontraba acompañando maestro Lemberg, marcho de su casa, dejándole trabajar sobre la partitura de "EL MOLINUCO", que nosotros des mos de todo corazón alcanze el éxito que merece su consta laboriosidad y entusiasmo en favor del teatro lirico españ

CECILIO LUNA

M U Y ▪

RONTO

# QUIEN ME COMPRA UN LIO?

Tres actos cómicos de Lucio y Moyrón

|||

a obra cumbre de la temporada !

lás de doscientas representaciones !

|||

ncargue con anticipación su número

# TALIA

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

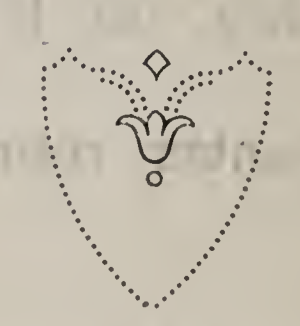
**NUMEROS PUBLICADO**

## LA TONTA DEL RIZO

Comedia en tres actos de Pedro Muñoz Seca.

## LOS RESTOS

Comedia burlesca en tres actos de S. y J. Alvarez Quinte



## PROXIMOS NUMEROS

# TERESA de JESUS

De Eduardo Marquina
(Estampas Carmelitas)

# ¡Un Marqués nada menos!...

La mejor obra cómica de Antonio Paso

## EN PREPARACION

# Los andrajos de la Púrpura

Drama de Don Jacinto Benavente

# Lo que hablan las mujeres

De S. y J. Alvarez Quintero

# CUI-PING-SING

O LA BOÇA RASGADA
Leyenda de la vieja China
de Agustín de Foxá

# FULANITO Y MENGANITA

Juguete cómico de Luis F. de Sevilla

# Era una vez en Bagdad...

Láminas de las Mil y Una Noches
de Eduardo Marquina

STA DE OBRAS
EATRALES



AURORA REDONDO y VALERIANO LEON
en una escena de "LOS RESTOS"
La graciosísima comedia de S. y J. Alvarez Quí